

Tara, 20 años de escort
(Capítulo 1)

J. Ayarza

TARA,
20 AÑOS DE ESCORT
(Capítulo 1)

J. Ayarza

© J. AYARZA, [2020]

ISBN-13: [número de ISBN]

Impreso por:

Todos los derechos reservados.

Dedicatoria

“A quienes están conmigo y son positivos”.

Tabla de contenido

Capítulo 1 – De los inicios a hoy	9
EL COMIENZO	15
VUELTA AL PRESENTE	61
CARINA, SU HIJA	62
VUELTA AL PRESENTE	77
LOS DOMINICANOS	111
Agradecimiento	121

Capítulo 1 – De los inicios a hoy

–¡Adiós, preciosa!

–¡Adiós, guapo!

Tara se despidió de su acompañante dándole un pico, un beso sutil en la boca desde el quicio de la puerta de la *suite*. Fue un gesto cariñoso, de satisfacción, de agradecimiento por el encuentro. Ella se quedó escondida tras la entrada para que ningún otro huésped pudiese verla ni sospechar. Había sido follada durante una hora. Bien follada, menos mal. Una hora completa de pasión, caricias, besos, lamidas inconfesables e inconmensurables, sudor y fuego corporal, taquicardias y arritmias, suspiros y gemidos, tocamientos y estiramientos buscando el éxtasis de diario y, en este caso, gracias a su amante y a las dotes melodramáticas de ella, casi hasta desvanecerse. Un buen polvo; genial. Así fue, al menos, como lo vivió él, que para eso pagaba la cita. Albert era un buen amante, de eso no se podía quejar. Un poco feo el cabrón, pero con una buena mano, gran imaginación y mejor verga. Por 250 euros, ¿qué más quería? Además, le debía una cita, aunque fuese rápida, en el caso de que bajara hasta Marbella. Otra sobremesa bastante grata, orgasmo buscado incluido, satisfactoria, y dejando algunos “tréboles de la suerte”, más dinero para el cofrecito.

Cerró la puerta. Vestía solo la lencería, que dejaba entrever algo de su escultural cuerpo: un *body* negro escotado

con encajes desde los tirantes al inicio del vientre. Y, a la vista, las insinuantes curvas de unos pechos deliciosos que todavía retaban y ganaban a la fuerza de la gravedad. Telas delicadas, pelo suelto, luminoso, castaño, aún alborotado por la batalla, y una gargantilla de seda plateada que a Albert le gustaba apretar un poco para cortarle la respiración y hacerla dudar. O, bien, como hacía la mayoría de las veces, venderle los ojos mientras la acariciaba y degustaba con esmero cualquier zona inesperada de su cuerpo.

Nada de vulgaridad cabía en ella, ni siquiera sus habituales nalgas desnudas con forma de perita perfecta. Eran armónicas y trabajadas en el *gym* tan a golpe de sentadillas y *fitness* que atraían como potentes imanes las manos de todo aquel agraciado visitante que, previo pago, alcanzaba a contemplarlas.

Detalles refinados, todos de buen gusto: con su vestuario, en la habitación, con las esencias de aromas, la luz, la temperatura, la música... Todo estudiado y medido para complacer... Excepto hoy un detalle. Por la perversa confianza con su visitante, se había dejado puestas sus pantuflas de estar por casa; esas que, en otros tiempos, por vulgares y chabacanas, le hubiese regalado a la limpiadora de turno del hotel... Pero es lo que tienen los años y la confianza, que, con el paso del tiempo, puede que por desinterés, ¡qué horror, qué miedo!, te atrevas a descuidar algún detalle. Aquello era lo que nunca, bajo pena de muerte, habría hecho veinte años atrás, cuando Tarita la *escort*, la *superescort* codiciada por todos, estaba en su máximo apogeo.

Tara recordaba sus mejores años, sus mejores momentos, la cima del éxito, la del “polvo a millón”... A su manera y, desde su forma de vivir, en su profesión, ella había sido “la mejor”. Como en todo, siempre hay unas cuantas o unos cuantos que son “lo mejor”. En fútbol, Cristiano o Messi; en arte, Miguel Ángel o Leonardo; en música, Mozart, Vivaldi, Beethoven, Bach, Chopin, y alguno más... ¿Por qué no podía ella sentirse “la mejor de las *escorts*”? De hecho, había estado segura en bastantes ocasiones de serlo. Es que una “puta”, y a ella como *escort* no le molesta esa palabra, sino la intención, ¿no puede ser la mejor de las putas, la más cotizada? Era una prostituta cara, de lujo. Si por tener un cuadro “en propiedad” se pagan millones de euros, ¿cómo vamos a extrañarnos de que por disfrutar de una pizca, de un rato, un día, un fin de semana, o unas horas, de la mejor de las flores, no se paguen cientos y hasta miles de euros? ¡Lo bueno es caro! Sencillamente eso. Si lo quieres, lo has de pagar... Y muchos, que haberlos, haylos, así lo hicieron, y así lo hacían...

Había pasado bastante tiempo desde que no aterriza-
ba en la mítica Marbella. Hoy, aparte del encuentro relámpago con Albert, tenía cita para una velada nocturna. Su acompañante le había reservado una habitación en un hotel de cinco estrellas. Era un buen cliente, con industrias de la pesca y varias cosas más.

Ya habían pasado unos veinte años, algo más de dos décadas desde la primera vez. Y Tara dudaba, hacía balance, buscaba... No era algo nuevo. Cada cierto tiempo o cuando

surgía algo importante en su vida, lo hacía. Esas incertidumbres aparecían más ahora con el paso de los años, y cuando ella, su evolución física y sobre todo personal, tenía que acomodarse a otras circunstancias, al tiempo implacable, y a lo que venía. No sabía... No quería pensar mucho en ello. Era algo que siempre la ponía seria, desubicada, y no le gustaba. No es que se pusiera de mal humor, pero sí era una sensación atípica en ella; era como plantarse frente a algo que podía hacerla “perder”. Y los mejores no deben perder... No quería entrar en una vida anodina, sin “chispa”, aburrida, subyugada a responsabilidades que se le iban a agigantar y, por supuesto, a tener una existencia “más miserable y común” de la que tenía hoy. “¡Qué mal rollo! ¡Su puta madre!... Es mejor no pensar en eso y seguir dando pasitos, viviendo ‘aventuritas’ cada día. ¡Que todavía no es el momento!”, insistía en convencerse de ello, a pesar de que de vez en cuando oyese cómo algo o alguien aporreaba su puerta para que se bajara de la “carroza” y siguiese, como todo el mundo: en carreta o a pie... Imaginar los cambios le daba vértigo, era como tener que pasar por voluntad propia al matadero. Se angustiaba muchísimo; suponía que era cuestión de tiempo el tener que adaptarse y, con ello, empezar a marchitar. Sí, la suya también era similar a esas profesiones de fulgurante esplendor. Muchos futbolistas se convierten en entrenadores, pero, claro, pasar de gran *escort* a *madame*, a regentar una casa de citas... Podía ser, pero eso requiere recursos, infraestructura, habilidades empresariales que ella a lo mejor no tenía y que casi seguro la obligarían a descubrir su vida oculta a su entorno familiar...

Enseguida se fue al espejo del baño. En los momentos de angustia, lo mejor era hacer lo que la madrastra de Blancanieves: preguntar al espejo mágico, su gran amigo, ese que a ella tampoco le mentía... Y se miró tranquila, en detalle, la frente, los ojos (sin señal alguna de desgaste ni patas de gallo, ya que se los cuidaba con colágeno), sus ojos verdes limpios y felinos, su nariz elegante, sus labios bien perfilados y distinguidos, como todo en ella... “Vamos a darles un poquito de brillo y verás... ¡Perfecto!”. ¿Y su cuerpo? Pues todavía con el tostado veraniego. “¡Espectacular!”. Era más o menos lo mismo que, hacía un rato, le había dicho, por lo menos diez veces, Albert “el Manitas A7S8”. “¡Qué guapa estás, chica guapa!”: unas frases que también cerraban la valoración de sí misma. “¡Nada de qué preocuparte! Hay pibón para rato”, se convencía despejando sus dudas y dibujando en su cara una sonrisa de gran satisfacción. Y era verdad. Pero, como casi todas las verdades que nos acompañan en la vida, son verdades “relativas”... Pibón sí, por supuesto, pero acorde a su edad, ya pasados los 40. Pibón sí, por supuesto, ¡y menudo pibón era!, pero ¿comparado con quién? La Tarita de 20 años, cuando empezó, habría eclipsado a la Tara actual a pesar de sus evidentes encantos, de su madurez y de su inmejorable saber hacer y estar. La Tarita de 20, el no va más para varón, hembra o sexuado conocido, hubiese irritado incluso a la bella Afrodita, aquella griega adúltera que se paseaba seduciendo por el Olimpo. De haber caminado junto a Tarita, todavía podría la diosa presumir de “virgen”, ya que, con bastante probabilidad, ni Ares ni Adonis hubiesen escogido

para sí las redes de aquella deidad helena... Todo es relativo. La verdad lo es, y la pasión, el deseo y la belleza también lo son. Pero, para aquellos que han ocupado un trono, que han ostentado el cetro de una cualidad, perderlo es doloroso. Sí, ya sabemos, Tara también lo sabe, que toda mujer y todo hombre deben resignarse y aceptar lo inevitable. Pero el cómo hacerlo, si con rebeldía o con sumisión, y en qué momento, no está escrito. Y Tara, la rebelde que un día salió de casa dispuesta a todo, quería seguir peleando contra el tiempo, contra sus circunstancias y sus miedos, contra el destino.

Se terminó de asear de su encuentro con Albert, y de mimar con especial cuidado sus herramientas de trabajo. Como decía su ginecólogo: “Mientras siga rosita y bien perfumado, todo va bien”. Eran ya casi las siete de la tarde, todavía hacía sol en la Marbella de oro, y Tara salió a correr. Hoy no tenía ganas de gimnasio en el hotel, prefería un poco de aire fresco. Sujetador deportivo de espalda abierta y unos *shorts* cortos, ambos bien ajustados. Zapatillas Nike con logotipo dorado de última generación y taloneras elásticas; además de brazaletes para el móvil, esta vez el personal. Tras unas gafas de sol reflectantes de espejo y una cinta rosa en la frente, por supuesto de marca (Vogue), la deportista que ponía precio por sus horas comenzó a trotar por las calles de Marbella. La lucha contra los cambios continuaba. En los primeros treinta minutos de *footing*, quince coches le pitaron, diez frenaron para ver en detalle si la fortuna les premiaba con una sonrisa, y todos miraron y pensaron lo

mismo: “¡Quién te pillara!”. Los más esforzados estaban dispuestos a más: “¡Si hay que ir de maratón, pues se va!”. Es un tópico que muchos hombres están salidos. Son así, ¿por qué negarlo, por qué disimularlo, por qué no afrontarlo, si ya desde el instituto se sabe que las niñas premian con admiración y más a los más “malotes” de la clase, a los que no disimulan su chulería, su egoísmo ni el candor de sus hormonas? Hoy, en ese rato de *running*, los granujas más maduritos también miraron a la bella *escort*. Se dejaron ver, ¿y cómo no?, oír con más o menos fortuna: “¡Mira, nena, no te lo vas a creer, pero hace veinte segundos, yo era maricón!”, gritaba uno desde el coche mientras pitaba como si hubiese avistado las Américas... “¡La madre que te parió, muchacha, que no tengo coche pa tantas curvas...!”. Y así trote tras trote.

Tara corría, como siempre, ajena a las miradas y a las fantasías de los machotes de turno. Eran muchos, miles, los que habían admirado su belleza a lo largo de su vida, manifestando sus ansias de una u otra manera. Ella, de vez en cuando, sonreía sutil sabiéndose deseada y revisando con cada zancada sus recuerdos: “¡Hay que ver cómo empezó todo!”.

El Comienzo

Era una cría de 18 años recién cumplidos. ¡Por fin! Ya podía, como había prometido tantas veces, mandar a su madre y a su padre a hacer gárgaras. La rebelde, la incon-

formista Lucía, que ese nombre recibió en la pila bautismal, podía hacer y deshacer libremente a su antojo. ¡Qué bonita la libertad! Esa facultad de tomar decisiones sin que la mayoría de las veces nadie te pida cuentas por ello, o sí...

Lucía era mala estudiante, lista, pero sin interés por aprender. Nació en Cataluña, en Tossa de Mar (colina con castillo junto al mar), en Gerona, pero eso daba igual. Podría haber sido en cualquier pueblo popular cosmopolita con juventud y atento al consumo y a las modas... Su familia era de modesta, clase media, de las que llegaban sin apenas dificultades a final de mes. Le ofrecían a la chica medios suficientes, respaldo y protección para que su camino fuese, si no todo lo recto que *a priori* se podría desear, por lo menos “normal”, uno presentable. Estudios de Turismo, por ejemplo, ya que la niña disfrutaba imaginando viajar, o estudios de Relaciones Públicas para hoteles, o cursar Auxiliar de Enfermería, o algo así. Con su ya notable belleza, podía ser que un eminente doctor la fichase para su equipo médico y que, llegado el caso, hasta tuviese que velar por la buena marcha de la clínica familiar participando de la vocación de su esposo... Era lo que unos padres cualesquiera desearían para su complicada hija. Algo “normal”, deseable y al alcance de la mano con una pizca de suerte. “Si la chica mala no es, solo rebelde y cabezota”, pensaban en casa.

Sin duda, Lucía era mucha Lucía... Los estudios le importaban un pimiento. “¿Quién ha ganado dinero empoollando?”, le decían sus amigas y amigos de la última fila de clase, los que hacían “pellas”, y los que de vez en cuando se

fumaban un canuto a escondidas... Esos mismos, llegado el caso, en ocasiones y contagiados de la alegría y el calentón de las hierbas de contrabando, le sacaban a la guapa un pico tontorrón. Luego, atinaban con las manos juguetonas en alguna curvita de la preciosa y efervescente Lucía y, finalmente, gozaban fornicando con ella, que “para eso era el cuerpo, y no para que se lo comieran los gusanos”. En contra de la decencia y de la moral de su casa, Lucía tenía ganas de marcha. Poquito a poco, desde los quince años, había roto con los complejos y los prejuicios de la sexualidad. Su madre, Berta, lo sabía, pero don Andrés no quiso indagar. Ojos que no ven... Así no había que poner la cuestión encima de la mesa. ¿Para qué? Si seguramente iba a ser otra batalla perdida. Antes que dar el visto bueno a los hechos consumados o tener que encajar la evidente falta de autoridad a los ojos de todos, mejor pasar. Mejor eso y un silencio contenido que un enfrentamiento en inferioridad de condiciones... El padre suponía y confiaba en que Berta sabría administrar el “libertinaje” de su hija, o que, al menos, sus licencias fuesen algo con picos febriles, como la gripe: pasajero y más o menos bajo control... Pero Lucía era mucha Lucía... Tenía una edad mala, sí, señor, pero sobre todo para su madre, que, nadando entre dos aguas y, en muchas ocasiones haciéndose hasta cómplice de la niña, veía cómo a esta le atraía “lo otro”, lo inusual, lo prohibido; hasta “el reverso tenebroso” ese que nos llegó de las estrellas y de galaxias lejanas... No, su hija no iba a ser una princesa Leía. Su hija se atrevía cada día más, y a más. No atendía ni valoraba los consejos ni las orientaciones de sus

progenitores, ni tampoco las de sus educadores del instituto... ¡Qué edad, y qué peligro, para una linda florecilla que se alza del manto protector de la hierba para sentir el viento! Todos eran conscientes, y a todos le preocupaba el devenir de la niña, menos a Lucía. Ella se creía capaz de controlar y administrar su suerte. Se quería ver y sentir “libre”, sin ataduras, sin costumbres, sin tradiciones ni cortapisas que le pesaran, que la enojasen, que la encauzaran en una u otra dirección. Quería libertad absoluta fuera del ámbito familiar, como fuese, con poco o nada de dinero, pero, claro, soportando la ansiedad de vivir en una sociedad de consumo, esa que ofrece sueños a golpe de fotos idílicas y de publicidad estereotipada. ¡Mal pronóstico! Como dirían los doctos: Lucía era “grupo de riesgo”. No era muy difícil de ver: chica preciosa, con tipazo, mala estudiante, liberal, atrevida, sin prejuicios morales ni dinero, y que ansiaba vivir y tener cosas... Estaba escrito. Aun así, aunque parezca que las circunstancias te señalan, casi nunca espera nadie que le toque. “¡Pues no habrá gente, para que nos toque a nosotros!”, imaginaban como solución buena sus padres, si es que alguna vez a estos se les pasaba por la cabeza algún descabellado pronóstico.

No era fácil suponer. En la teoría, quizás sí; pero en la práctica, no, seguro que no. ¿En qué momento se puede determinar con certeza que la personalidad de una joven la va a llevar por un camino de esos que los cánones tildan de “malo”, “incorrecto” o “inapropiado”? Y, sobre todo, ¿en qué momento hay que actuar? Los padres de Lucía, como

nos habría pasado a casi todos, no lo vieron, no supieron y no lo imaginaron en su justa medida... De hecho, siguen sin imaginar que su hija se echaría a “perder”, eso sí, según sus clásicas referencias morales. Aunque a alguien se lo parezca, no es nada raro. Cada día ocurre más y más. La sociedad, la moral, las ansias de libertad, de consumir y de vivir, tienen eso. Es la felicidad como meta y objeto codiciado que solo se obtiene a través del lujo y del confort... El caso es que pasó. Un día, a nuestra niña le dio pereza y no quiso hacer los deberes: Mates y Lengua eran un coñazo, como los maestros; y la asignatura de Historia, soporífera... Otro día desconfió de las normas de la escuela y desobedeció haciendo novillos. Vio que apenas pasó nada... Bueno, sí paso: que le pusieron una falta grave y la amenazaron con internados ficticios o con castigarla en casa. ¡Guau, qué castigo! Más adelante, dejó también de estudiar hasta las asignaturas “María”. Solo pensaba en salir a la calle. Y, por fin, otro día, el peor y el más grave, se atrevió a enfrentarse directamente a sus padres y a plantarle cara a la autoridad. Estos, puede que no en la primera instancia, pero sí en las siguientes, se vieron impotentes al no disponer de recursos rápidos, como un buen bofetón que *shockeara* y reseteara a la niña. Claro que eso no era algo presentable en una sociedad moderna, desarrollada y también rehén de la pedagogía, y de otras “ías”... Lo más probable era que el tortazo tampoco hubiese funcionado, seguro... Pero es que sus padres, ambos trabajadores cualificados inmersos en sus muchas obligaciones, tampoco tenían paciencia ni tiempos extras y extras para dedicar a su hija. ¿Y para qué? Si, como prueba

la costumbre, todo eso se arregla unos pocos semestres más tarde, a medida que maduran los adolescentes... Así que “a probar suerte, a rezar, y a esperar”.

Lucía salía y salía a la calle con buenas y malas compañías. O la dejaban o se escapaba. Cuando la castigaban, la mayoría de las veces solucionaba el conflicto ayudando un poco con las tareas domésticas de casa. Hasta se apiadaban de ella, “¡por bonita!”; y así entendió la chica lista que ofrecer una cara bonita, feliz y sonriente era algo de mucho valor, que seducía y convencía incluso a las más firmes voluntades... No paraba, cada vez se afanaba más en salir a diario. Los padres ya habían asumido que era mala estudiante, y la enorme dificultad de encauzarla; era casi imposible. Así que ella a lo suyo. Quería y exigía, ¿por qué no?, vestidos para salir guapa y de paseo, y mejor si la fiesta duraba todo el “finde”, e incluía nocturnidad en casa de supuestas amigas. Le atraían las novedades de lugares, de chicos y chicas. ¡Vivir!: eso era todo lo que daba sentido a su existencia; era lo más importante. Aún castigada y sin un duro de los de entonces, si había fiesta, música, bebida y chicos, Lucía estaba allí. ¿Cómo perderse a los casi seguro jovencitos simpáticos, divertidos, felices y “picantes”? El mejor adorno y el mejor reclamo para una fiesta era ella: la chica desinhibida, de sobresaliente belleza, y la más alegre de todas. Era la mejor garantía para disfrutar. Y eso, enseguida, en una Barcelona con grupos pudientes y libidinosos que buscaban personal, llamó la atención...

A Lucía le salió una amiga repentina: Leticia, una morenaza venezolana de ojos negros brillantes y rasgados, y de 24 años, un poco mayor que ella. Fue en la fiesta de cumpleaños de Carlos, un niño pijo de la ciudad al que apenas conocía. A su *chalet*, iba a cantar en directo un grupo local de vanguardia, cañero y bueno... En realidad, daba igual. Lucía hubiese ido al evento aunque el concierto hubiese sido de oboe. Le bastaba solo con que allí hubiese muchedumbre, ruido con estribillos pegadizos, y entrada y bebida gratis. Los canapés, que, por supuesto había, daban igual, no eran importantes. Lucía era de poco comer, algo propio de su naturaleza que favorecía su estilizada figura. Uno o dos canapés para toda la noche, y a bailar. A mover el esqueleto y a beber con cierto *self-control*, como recomendaba Laura Branigan, que ya nuestra niña se había perdido el final de más de una fiesta por pasarse cuatro pueblos con las copas y las mezclas... Leticia se acercó a ella. Se veía enseguida que era diferente, que su *look*, estaba muy costado. Llevaba un precioso vestido rosa con los tirantes corridos hasta casi el ombligo. En su descenso, ambas tiras de tela delimitaban un escote infinito. A la altura del busto, los tirantes iban sujetos por una trabilla. Sin ser descarado en exceso, la hechura conseguía que los senos de la joven, curvosos y soleados cual maduros melocotones, se insinuaran a cualquier admirador de cercanías que reparase en ellos. La falda del vestido, acampanada por encima de las rodillas, le daba aires de chica joven, moderna, con bastante frescura y con indiscutible elegancia. Leticia era un estupendo “caramelito” de tacones altos color rosa, que alineaba

uno tras otro con suma maestría. Ella nunca andaba, siempre desfilaba por la pasarela. Su mayor atractivo era verla caminar y mover su graciosa figura. No tenía, ni de lejos, la belleza natural de Lucía, pero sí el refinamiento y el gusto propio de esas fiestas de gente bien.

Cruzaron sus miradas entre los corrillos de la fiesta. Leticia, amable y observadora, la saludó con su linda sonrisa aun a sabiendas de que no se habían visto nunca. Tampoco era raro, algo normal en un primer contacto entre dos jovencitas. Un poco después, cuando Lucía fue al baño de mujeres, la chica de rosa comenzó a “trabajar”. Sabía bien lo que le habían pedido los “ojeadores”; nada nuevo. Ya lo había hecho antes en alguna otra ocasión. Aprovechando que el cuerpo de una chica también necesita desahogarse, fingió un encuentro fortuito... En el retoque previo a volver a las pistas, ambas chicas tuvieron su primera conversación:

–¡Hola! Qué fiesta tan guay, ¿no? –opinó Leticia frente al espejo del baño.

–¡Sí! –respondió Lucía–. Muy bonita, pero un poco tranquila. Pensaba que habría más “marchita” aún.

–Eres roquerilla, ¿eh? –Leticia se hizo la simpática.

–Bueno, un poco, sí. ¡Ja, ja! Me gusta bailar, la marcha, y la locura; y aquí, no parece que esto se vaya a desmadrar... Pero, muy bien, todo es bonito... La bebida y la comida, estupendas. Se ve bastante costeadado.

—¿Costeado? ¡Claro! Si estoy yo... —sonreía la pícarra Leticia empezando el condicional—, es que siempre “hay dinerito”. ¡Ja, ja, ja! Y que en la fiesta no faltará de nada... ¡Ja, ja, ja! ¿Conoces a Carlos?

—¿El cumpleaños? ¡No! Solo de vista —preguntó y respondió Lucía—. Yo he venido con unos amigos en común, pero a él personalmente casi no lo conozco.

—Yo sí, pero tampoco demasiado. Soy parte del *staff* de la fiesta, de la empresa organizadora del evento.

—Ah, ¡qué bien! Pues os ha quedado estupendo.

—Sí, aunque la verdad es que yo ahí no tengo mucho mérito. Solo llevo un poco los temas de relaciones personales: que todo el mundo esté bien y eso... ¿Y tú, trabajas?

—No, yo estudio Turismo. Estoy pensando en buscarme un trabajito, pero, por otro lado, no quiero ya obligaciones ni empezar a currar y todo ese rollo de mayores, con horarios y responsabilidades. ¡Ja, ja, ja! —se reía Lucía.

—Siempre hay una solución. Yo, por ejemplo, no tengo horarios fijos. Solo curro cuando puedo y cuando me interesa el evento, ese trabajo.

—¿En serio? ¡Qué suerte! —se sorprendía Lucía de tanta flexibilidad.

—Es así. Las chicas tan guapas como tú son las que más fácil lo tienen y mejor funcionan en nuestra agencia —dijo Leticia dejando ahí por primera vez esa palabra, “agencia”, que parece interesante y profesional, pero que puede llegar a ser tan incierta. Y, de corrido, continuó—. Somos chicas para eventos como este y mucho mejores.

»Vamos de azafatas a reuniones empresariales, o para acompañar a ejecutivos y todo eso... —continuaba Leticia explicando un trabajo que parecía interesante, ya que, al levantar repetidamente las cejas, le indicaba que era una buena oportunidad—. Es algo fácil, bien pagado. A veces hasta muy muy bien. Y, por supuesto, siempre voluntario, sin compromiso.

»Si quieres, te dejo una tarjeta... —dijo la chica de rosa sacando una de su bolsito dorado y sin esperar la respuesta de Lucía, que, por supuesto, la cogió.

—No sé —dudó Lucía sospechando, pero sin asustarse, de que en aquel trabajo podía haber “gato encerrado”.

—Si quieres, en mi próximo evento, te busco, vienes y pruebas. —Leticia intentaba comprometer a Lucía—. Será una fiesta con menos gente, y solo

tendremos que dejarnos ver y charlar con unos y otros. ¿Te animas? ¡Venga! Te dejaré ropa de mi armario o de la agencia, y resaltaremos tu belleza con un maquillador muy cotizado que viene a promocionarse.

¡Ay, vanidad de mujer! ¡Qué difícil es alejarse de un escenario donde lucir mejor y más bella que ninguna! Y, más aún, si encima te prometen un dinerito fácil... Así llegó la primera invitación. El anzuelo estaba tirado. El señuelo fue una chica, más o menos como ella, que no renegaba de su suerte; bien al contrario, era una persona dispuesta a repartirla. ¿Por qué no? Si en aquel mundillo había sitio y “plata” para bastantes más, para muchas más...

Leticia acompañó buena parte de la fiesta a su recién adquirida amiga. Le presentó a dos o tres jóvenes, y no tan jóvenes, pero todos interesantes. Bailó, cantó y bebió con Lucía. A medida que pasaba el tiempo, Leticia coqueteaba con los chicos guapos mejor vestidos, y le susurraba a su amiga al oído cómo de apetecibles le parecían. Lucía se iba haciendo una idea, no muy equivocada, de lo que iba aquella nueva amiga “tan interesante”. Leticia reía feliz con casi todo. Mientras eran contempladas y deseadas por muchos, la chica de rosa bromeaba de esto y de lo otro: decía que los billetes de 1000 pesetas eran hojas verdes y que los de 5000 pesetas (ahora 30 €) eran sus “tréboles de la suerte”. La vida era para disfrutarla, para aprovecharla y para vivir sin prejuicios ni tonterías. Sacó a la palestra muchos tópicos, ¿y cómo no?, ese con el que todos nos enfrentamos antes o

después: que “la vida son tres días”, y que “o los vives o se te van a escapar”. Con un poco más, seguramente nos hubiese abierto los ojos a nosotros; pero con un poco menos, esa noche se los abrió a Lucía. Esta, en pleno jaleo musical, ya reía y se imaginaba algunas movidas insinuadas por la simpática y radiante Leticia.

A ritmo de *rock*, del “Rock me Amadeus”, de Falco, Lucía se despidió de su ya querida “Leti”. Nuestra chica abandonó la fiesta de cumpleaños con sus amigos en dirección a casa. Al acostarse de madrugada y, por ende, levantarse a las 3 p. m. para almorzar, ya sabía que, como primer plato, tendría otro insufrible sermón familiar...

No tardó mucho Leti en buscar a Lucía. Solo cuatro días bastaron para que una tarde se hiciera la encontradiza en el camino de vuelta del instituto. La catalana había dado clase de Recursos Turísticos; y de ella, una conclusión sí que había sacado: “para todo se necesita dinero”. Mientras caminaba ensimismada en sus asignaturas, Leti se acercó a ella y la sorprendió. Llamó su atención y le dio un afectuoso saludo. Tras unos elogios de ida y vuelta y unas cuantas palabras más, aprovechando que estaban solas y podían hablar en confianza, pusieron el tema principal sobre la mesa:

–¡Qué alegría verte, nena! Tú tan guapa como siempre, chica. Es que estás desaprovechada, ricurra...

–Y tú tan flamante y tan *chic* –respondía Lucía admirando el vestido color hueso de Leti, que, es-

cotado y cortito, balanceaba desde sus grises tacones con maestría—.

»Desde que nos dijimos adiós en la fiesta, no sé por qué, tenía el presentimiento de que nos íbamos a encontrar pronto... —sonreía la dieciochoañera provocando la risa de su amiga.

—Mira, yo no te voy a contar “pirulas”, ni embustes, ni nada... He venido aquí porque me dijeron que este era tu barrio y aquí estaba tu instituto; a ver si paseando te veía. Es la segunda ocasión en que lo hago, y hoy he acertado. La verdad es que quería verte. Tú no eres tonta, e intuía que ya supones por qué vengo...

—Es posible, sí, me hago una idea, pero, dímelo tú. ¿Para qué voy a imaginar? Y háblame claro, por favor.

—Pues es sencillo; algo ya te adelanté la otra noche. Yo no miento casi nunca, je, je. Pero, en tu caso, todavía no lo he hecho, y no creo que me vaya a hacer falta... Trabajo, como te dije, con una agencia. Se ocupa de buscar chicas muy muy guapas, solo a las más atractivas y las mejores. Nos quieren para que asistamos a actos diversos, y para que demos *glamour* y una imagen de bastante nivel a algunas reuniones.

—¿Solo eso? —preguntó Lucía pensando que faltaba algo más—. Es una agencia de señoritas de compañía, ¿no?

—Si la quieres llamar así, sí. Chicas de compañía, *escorts*... Hay muchos nombres. Pero hacen eso y más cosas. Ya te lo dije: organizan eventos, desplazamientos, viajes, etc. Aunque es verdad que lo que nos interesa a ti y a mí, y de lo que te quiero hablar, es de los servicios de acompañamiento...

—¿Putas caras? —resumió Lucía esperando ver cómo reaccionaba la chica flamante, o si se descomponía.

Lejos de molestarse, encajó con bastante naturalidad la cuestión.

—¿Crees que diciéndolo así me vas a impresionar? Pues no. A ver cómo te explico sin que desconfíes... Mira, a las chicas como nosotras, y sé que tú eres abierta, divertida y liberal, tarde o temprano nos cuelgan el sambenito de alegres, de “putas”. Supongo que no te digo nada nuevo. O eres una mojígata y una sosa, o eres una puta. La diferencia está en el precio por el que follamos. A veces es por nada, a veces es por participar de unos “pitillos” de marihuana, otras veces es por conseguir una segunda o tercera cita con un chico, o hasta por pillar una invitación a una fiesta o a una excursión... O bien, como es mi caso, por

bastante dinero. Sí, yo soy una *escort*, una puta si te gusta decirlo así, pero por lo menos he querido serlo de lujo. Ya te digo que no me importa mucho que me insulten. Yo me he hecho fuerte al respecto, me suele dar igual. Sé lo que tengo, lo que quiero, y aprovecho mis aptitudes.

—¿Tú me ves a mí follando con unos y otros? — preguntó Lucía.

—No me cabe duda alguna, la verdad —respondió Leticia muy despacio como intentando disculparse—. Ya te dije que iba a ser sincera contigo... —y siguió con precaución—. Lo que no sé aún es ¿a qué precio quieres hacerlo?

La respuesta dejó parada a Lucía, que, sin saber cómo posicionarse, calló. No sabía si hacerse la ofendida o si indagar a ver qué proponía en concreto la amiga Leticia. Esta, dando por superado el primer escollo (la palabra “puta”), continuaba desplegando sus argumentos para “captar” a Lucía.

—Te voy a explicar algo, pero no quiero que te asustes. Es que has ido al centro de la cuestión muy rápido. No es la primera vez que me pasa. Hay chicas que reaccionan como tú; otras, mejor; y otras, pues fatal. Ya supondrás... La agencia busca chicas, como te he dicho; quiere a las mejores. Pero no es para encuentros sexuales. Eso depende de ti, si quieres o no. Ninguna estamos

obligadas a nada que no queramos. Hay veces, como fue el otro día en el cumpleaños de Carlos, que solo hay que ir a una fiesta y “adornar”. Son ocasiones, bastantes por cierto, en las que nos buscan para encuentros de negocios, sesiones de trabajo privadas, etc. Ahí solo quieren que aportemos nuestra belleza y nuestra elegancia; es como si fuésemos unos “valiosos jarrones de porcelana” sobre los que hay un acuerdo previo de ni tocarlos ni romperlos. Esos son trabajos de presencia, el típico de azafata, pero con niñas muy escogidas. Son los más fáciles, y es para el que he venido a buscarte. Tenemos uno este sábado. Me gustaría, nos gustaría, que vinieses.

—¿Solo azafata?

—Sí, solo.

—¿Y si alguien pretende propasarse?

—No temas por eso. En esta ocasión, todo está claro. Se trata de gente bien, refinada y con mucho dinero, que da una fiesta en un yate de lujo. Estará amarrado en el puerto. No creas que va a zarpar ni nada. Es más, te prometo que yo misma te acompañaré en toda la velada, y que, al final, te llevaré en taxi hasta tu casa. No tendrás ninguna obligación, salvo la de ser amable, lo más fina y elegante que puedas, y sonreír mucho.

—¿Y cuánto sería por eso? —Lucía empezó ya a descubrir el valor de su belleza.

—De 2000 a 5000 pesetas, según la propina final. El mínimo son 2000, pero siempre hay un poco más.

—¿Y solo por pasearme y sonreír?

—Solo. Bueno si te piden que les traigas un objeto, una cartera, algo de abrigo, que allí hará fresco y humedad, pues lo haces. Con amabilidad, y ya está.

—¿Y cómo te contratan? ¿Cómo se llama la agencia?

—No hay contrato ni papeles. Si quieres, te das tú de alta con lo que te paguen. Eso es cosa tuya. La agencia se llama Conchitas Lindas.

—¿En serio?

—¡Ja, ja, ja, ja! —rio Leti de la ingenuidad de Lucía—. ¿Tú estás boba? ¿Cómo se va a llamar Conchitas Lindas? ¡Ja, ja, ja! Se llama Diamonds, “Diamantes”, que es lo que somos nosotras, nena.

—¿Y nada de meterme mano ni de follar? ¿Ni proposiciones raras?

—¡Espero que no, chica! Eso solo y exclusivamente depende de ti. De hacerlo, no lo hagas, ¿eh?, igualarías mi récord, ¡ja, ja, ja! Yo, la primera noche, ya me acosté con un guapo ejecutivo... ¡Qué

tiazo “el Matheu”! ¡Y qué polvazo me echó, Dios! En fin, ya te lo contaré otro día... Ah, y lo mejor: ¡no veas qué “trebolitos de la suerte” me llevé por pasar un ratito de escándalo con aquel guaperas! No se lo digas a nadie –dijo Leti bajando su tono de voz–, pero hasta me pareció corto... Yo hubiese devuelto el dinero con tal de que el Matheu, un tío guapo y trabajado de gimnasio, hubiese jugueteado otro rato con su lengua... Uff, ¡qué ardiente el bicho! ¡Si todavía me pone! Y, encima, sigue siendo un buen amigo mío... Hasta me invitó el año pasado a su segunda boda, ¡ja, ja, ja!... –reía la *escort* venezolana recordando sus no tan lejanos comienzos y haciendo aflorar también la sonrisa de una cada vez menos indecisa Lucía.

–¿Seguro que no tengo que follar?

–¡De verdad! Esta vez es de azafata, solo de “jarroncito de adorno”. Pero no me culpes si aparece uno y te hace un guiño por si al final tú quieres rollo, o si se te insinúan... Lo que ocurra dependerá solo de ti. Dudo que allí te vayan a hacer una proposición; si hasta creo que habrá novias y esposas por el barco... Pero si pasara, si no quieres, dices que no, o dices que estás indispueta: el estómago, la cabeza, o que estás con “tu prima”, y punto final. ¿Ok?

»Mira, Lucía –explicaba convincente y con claridad Leti–, nuestra agencia, como todas a este ni-

vel de lujo y posición, lo que menos quiere es que haya un alboroto o un escándalo... Si una chica dice no, es que no. Y ya está, nadie la va a forzar. Adiós a esa chica que no pega allí, y a otra cosa... Para ellos hay muchas chicas, muchísimas, y muchas también dispuestas a decir que sí. ¿No me ves? ¡Son como yo!... Por cierto, no creas que yo digo siempre que sí. Yo también escojo dentro de mis posibilidades o de mis intereses... Y tampoco te creas que estos ricachones son como novios o como un pretendiente pegajoso de esos que se obsesionan contigo. ¡Qué va, rara vez! Tienen demasiado bueno donde elegir. Tú y yo somos unas de los miles y miles de florecillas bonitas que verán a lo largo de sus vidas. Ellos saben que las modelos despampanantes y “alegres” no se acaban. Nosotras somos bellas “HOY” –recalcaba Leti–. He de reconocer que tú incluso sobresaes con tus aires de *top model*, pero hay muchas. Muchas, en serio.

–Supongo...

–Bueno, entonces, ¿qué? ¿Me acompañarás? ¿5000 pesetas casi seguras por una noche estando guapa y sonriendo? ¿Quieres ganarte “un trebolito”?

Lucía pensó unos instantes antes de responder, pero fue más bien por disimular y hacerse la interesante.

—¡Sí! ¡Vale, iré! Espero no arrepentirme y que sea todo como me has dicho.

—¡Te lo prometo! —insistió Leticia sellando su compromiso con un beso—. Este evento es una chorrada. Lo difícil vendrá, si tú quieres, después... Ya veremos. Venga, que te acompañe y te invite a un chocolate donde tú quieras.

Las dos chicas pasearon, intimaron un poco más y se contaron detalles personales. Alguno ya era conocido por Leticia, como el mal ambiente doméstico y la mala relación de Lucía con sus padres. Hablaron de chicos, algo bastante infantil ya para una mujer como Leticia, y de gustos, de música, de peinados y de ropa. Sobre todo, de lucir guapas y de vivir. No eran temas trascendentales como la religión, la moral o el futuro. Lo que pululaba por sus cabezas eran escenas más triviales con las que poder alejarse de una existencia presumiblemente aburrida.

—Oye, ¿y cómo quedaremos? —preguntó Lucía—. Si mis padres me ven salir muy elegante, como vas tú, o me recoges en casa, van a sospechar que ocurre algo extraño. Mi estilo es más sencillo, no tan excesivo... Ya ves que yo zapatos de tacón solo en Navidad y dos veces más al año.

—¡No te preocupes! Yo tengo vestuario de sobra y me ocupo de todo. Podemos quedar donde te venga mejor. El sábado a las cinco. Tú ya eres mayor de edad. En casa dices lo que te parezca: si

volverás o te quedarás a dormir fuera... Si quieres, incluso te doy el teléfono de Tina o de Celine, nuestros contactos en la “agencia”, por si hay algún imprevisto. Ellas, sobre todo Celine, la peluquera, siempre saben dónde estamos, y nos podrían localizar rápido. Todo está previsto. Es lo bueno de trabajar con el respaldo de una organización.

–Pues sí, porfa, pásamelo.

–Tú sal bien lavadita y con el pelo muy limpio, que en el barco ya nos peinan y nos maquillan. ¡Verás qué guapas nos ponen! ¡Son milagrosos! Yo un día iba medio demacrada, por la noche anterior sin dormir, y en modo melopea, y me dejaron que parecía la reina del convite... Son buenísimos. Y por el calzado y la ropa no te preocupes, nuestras tallas son similares: la 36-38 supongo, según te tomes una hamburguesa arriba o abajo, ¿no? ¡Ja, ja, ja! Te buscaré algo especial, que la primera vez es como una “graduación”.

–¿Podré hacerme fotos? –se relamía Lucía intentando inmortalizar su presumible belleza.

–Para ti sí, pero allí de fotos, ¡nada de nada! Lo más importante que debes aprender de este mundillo de tanto nivel, y te lo diré una sola vez y con letras grandes, es que “¡La DISCRECIÓN es SAGRADA!”. Y eso, para TODOS, tanto de las

chicas que vamos como de los anfitriones, y también la de sus invitados. De ninguna manera, jamás, jamás, debes ni enseñar ni hablar de lo que ves ni de lo que hayas oído. Conoces los tres minutos, ¿no?

—Sí, claro: ni ver, ni oír, ni hablar.

—¡Pues eso! “Todo lo que pase allí se queda allí”. Y nunca intentes ni pienses en hacer la puñeta o chantajear a un ricachón de esos. Son superpoderosos y tienen muchos contactos como para tener que medirse con unas “niñatas de colegio”. Tienen recursos y medios de sobra para pararte los pies, por las buenas, o por las malas...

—Entiendo —respondía Lucía un tanto preocupada por aquella advertencia con tintes amenazantes.

—Pero, vamos, que esto es hablar por hablar. Verás como todo fluye con normalidad. Si a lo que vamos es a pasar un buen rato en un ambiente selecto y elegante. Ya verás —le prometía Leticia.

Razón tenía, y razón tuvo. El evento salió redondo. ¿Cómo no? Si estaba todo estudiado para que la chica nueva pasara una velada de lo más agradable y se fuese enganchando con las delicadas maneras de la alta sociedad y las redes del lujo seductor... El cotizado maquillador, Karls, peinó la melena castaña de Lucía. Dejó despejado su cuello; quería que resaltara mejor el bonito collar de brillantes y unos largos pendientes de plata. Estos sí eran de bisutería,

pero de la buena, aunque tampoco tardaría mucho la jovencita, ya rebautizada para la ocasión como “Tara”, en lucir, aunque fuera de prestado, conjuntos de verdad, de los buenos.

Karls el Mago, el maquillador, se tomó un tiempo extra con la chica nueva; se lo habían encargado. Quería mostrar su potencial y dejarla espectacular. Llevaba un vestido vaporoso con estampados en verdes aguamarina y esmeralda, asimétrico, más largo por detrás, y de un solo tirante. Contrastaba con la caucásica piel pálida de los hombros y brazos de la chica, que al final de sus arreglos, solo destilaba “elegancia”, clase y estilo. Era el objeto que aquel grupo de millonarios invitados deseaba tener cerca; algo bello que les acompañase y acorde a sus cuentas corrientes. La falda, corta por delante, mostraba parte de sus piernas esbeltas, por fin elegantemente alzadas con unos tacones en gris plata bastante sencillitos. De las plataformas del calzado salían dos tirillas: una muy fina para abrazar la pierna por encima del tobillo; y otra gris, más ancha, para fijar los estilizados dedos de los pies a la plantilla. Estaba realmente bella. Su cara, suavizada con productos profesionales y perfectamente esculpida por el maquillaje, rebosaba lozanía. Sus labios se realzaron con *lipstick* transparente brillante y un perfilado níveo. Y sus ojos (esos sí que eran dos piedras verdes preciosas) terminaron sublimes. Oscurecidas las pestañas para encuadrar los ojos, Karls le pintó los párpados con un fondo gris plata metalizado reforzado con sombra verde aguamarina, como el vestido, que se intensificaba hacia la

comisura exterior del ojo. Con un delineador negro y tres capas de *rimel*, su mirada “de gata” era la más elegante y sofisticada de la reunión. Contrastaba tanto efectismo con su evidente juventud, pero al final, estaba preciosa. ¡Toda una mujer de diez! No le faltaron sonrisas, insinuaciones discretas y felicitaciones por ser portadora de tanta belleza. Hasta Hassan, el apuesto y simpático sobrino de un emir, magnate del petróleo de Dubái, una especie de galán de bodegas de fino español, pero en “moro”, le pidió referencias porque deseaba conocerla “un poco más”, solo eso... A Lucía, a Tarita, le pareció tan guapo el morenazo engominado que se dejó halagar. El trajeado caballero, con su barba hipercuidada de 3 días y los ojos verdes, como los de ella, estuvo tan agradable que a ella no le hubiese importado “despachar” un buen rato con tan destacado espécimen... Pero eso no pasó. Lucía le confesó a Leti durante el regreso a casa que quedó fascinada por la concurrencia y por el lujo del barco en todos los aspectos, pero sobre todo por el joven musulmán. Vamos, que si la hubiese abordado en un camarote, se hubiese “inundado y hundido” como el Titanic. Leti se reía y, desde la alegría por la velada, ya le advertía:

—Oye, chica, que yo sé bien cómo funciona esto. No lo desees muy fuerte, que esta misma noche ya puede que te esté buscando.

—¿En serio? —preguntaba Lucía.

—¡Seguro!

–Hay una cosa que no te he dicho. Imaginaba que habría tiempo, pero como te veo así, como en las nubes, te lo diré ahora. Te he hablado de lo importante que es la discreción, ¿no?

–Sí –escuchaba atenta Lucía.

–Pues hay algo casi igual, o más importante, que debes saber y que debes recordar para no equivocarte y no tener que sufrir: Nunca, ¿lo oyes?, “NUNCA TE ENAMORES”. ¡Esto es amor de pago, cielo! No lo olvides nunca, por favor. Que *Pretty Woman* es solo una película romántica o, mejor dicho, “de ciencia ficción”. Conocerás hombres de todo tipo y, por supuesto, los habrá buenos, y hasta príncipes azules atractivísimos y herederos de un reino. Pero nuestras apariciones, lo que vivimos, son “fantasías”. Cumplimos sus fantasías dónde, cómo y cuándo quieren, y vivimos una película cortita con ellos que a veces les gusta tanto que la vuelven a ver. Pero casi todo es lo que te he dicho: ficción. Ellos saben su posición, su alcurnia y el respeto que precisan. Nunca podrán olvidar ni borrar lo que somos. Y nuestras relaciones, más allá de una sencilla amistad y algo de complicidad, se quedan ahí, al margen de sus vidas públicas y de sus relaciones personales.

»Por eso, ¡NO TE ENAMORES NUNCA! – insistió Leti a su entusiasmada amiga, bajándola de la nube y poniéndole los pies en el suelo–.

Puede que los mejores momentos de sexo y hasta sus más escondidos secretos los compartan con nosotras, pero aun ahí, seremos solo su “desahogo”.

—Gracias por advertirme, Leti —dijo una Lucía más reflexiva—. La verdad es que es fácil dejarse llevar por los brillos de su mundo y perder la noción de la realidad. Un rato de flirteo, de pasión, y enseguida parece que hay algo más. Sin embargo, es solo un “polvo”, ¿verdad? Un polvo con lujosos prolegómenos en un escenario de ensueño. Pero, después, cero —entendía con cierta tristeza Lucía.

—¡Cero no! —replicó Leti sin pesadumbre alguna, sino todo lo contrario, y hasta con sus ojazos bien abiertos—. ¡Muchos ceros y con un número delante, ja, ja, ja! Que es a lo que hemos venido, no lo olvides. Nosotras también vamos a por lo nuestro, a por lo que nos interesa... Si no olvidas tu objetivo, lo llevarás bien. Todas hemos tenido que pasar por ahí; y todas, aun sabiéndolo y advertidas, nos hemos dejado llevar alguna que otra vez... Si es que es muy fácil, conociendo a tantos, cogerle cariño a alguno... ¡Y a más de uno! ¡Ja, ja, ja! Anda, toma tus 5000 pesetas y otras 1000 de propina, que les has encantado. Era de esperar...

»Lo único regu es que tu nivel de inglés deja un poco que desear. Otra vez, cuando te pregunten *a question*, en concreto que si has visitado alguna región de Escocia, además de sonreír mucho, que eso está muy bien, deberías contestar algo, mi niña. ¡Ja, ja, ja! —se burlaba cariñosamente la joven venezolana—. Así que te recomiendo que te apuntes a una academia de inglés con profes nativos y hagas un curso exprés; estúdialo hasta que lo hables como si fuera tu lengua materna.

Leti la trataba ya como a una de las suyas. Tarita solo había acompañado inocentemente a un grupo de ricachones de varios países, pero la valedora de Lucía sabía que su amiga se había tragado todo el anzuelo y que el pescadito ya no podría salir de la red. Era cuestión de dos o tres citas más, y estarían ambas hablando el mismo idioma, el de las *escorts*, las acompañantes de lujo... y algo más. Llegadas en el taxi al domicilio de Lucía, la sudamericana se despidió de su amiga:

—Adiós, puta. —Así quiso Leti, con el más despreciable de los insultos, dar a su amiga una última oportunidad de recapacitar y escapar de ese mundo tan difamado.

—Adiós, guapa. —Pero Lucía, ya Tara, Tarita, no quiso escapar. Estaba preparada y quería saber más. Quería “vivir”...

La segunda cita llegó enseguida. Había demanda por la chica nueva; y Leticia, por supuesto, informó a la agencia

de los gustos y de las atracciones masculinas de su amiga catalana. La agencia llamó a mitad de semana a la ya “Srta. Tara”, y le propuso, tirando de astucia, una cita con Hassan, el heredero dubaití. Apenas dudó nuestra chica en aceptar, y eso que esta vez no le dijeron ni a dónde iría, ni cuánto tiempo estaría fuera, ni lo que le pagarían. Supuso que sería la tarifa normal. Solo la informaron de que la recogería un chófer el jueves a las 6 p. m. para ir a cenar, y que tendría que acompañar por la noche a ese cliente. En su caso, debía presentarse con su aseo básico, ya que al estar ocupada la Srta. Leticia, esta vez sería en la agencia donde le proporcionarían vestuario y le ampliarían la información.

Lucía, Tarita, con sus dos nombres y ya con sus dos vidas, estaba muy nerviosa. Más que nada por si sabría conjugar ambas existencias, la una tan ajena de la otra, y por si en algún despiste, la podían descubrir. No le preocupaba apenas el hecho de tenerse que acostar, “cobrando”, con el guapo de Hassan. “¡Pues qué bien!”. Si aquello era “prostituirse”, ¿para qué engañarse llamándolo de otra manera?, de momento lo era a un nivel de exquisitez tan alto que, sin duda, otras muchas como ella harían encantadas... Estar con un joven apuesto, refinado y rico, en ambientes muy selectos... ¿Qué más podía pedir? Si no hacía más de cuatro días que se había liado con “el Quini” en su coche solo por apagarle el calentón y por ver cómo su colega sucumbía a sus encantos... Lo hizo con pocas ganas ¡y encima “gratis”! Aun con las ideas claras, le parecía todo un poco extraño. Eran las mismas cosas, ligar y tener sexo, pero con dos ra-

seros muy muy diferentes. Una vida como estudiante llena de trivialidad siendo accesible a cualquiera; y otra, como chica de lujo, solo factible para carteras bien hinchadas, y rodeada de sedas, porcelanas y llamativos destellos... A ratos, le parecía complicado. Otros, sin embargo, le parecía llevadero, así que, tirando de optimismo, seguía para adelante. Hacía su vida de diario, pero cada vez estaba más pensativa, menos comunicativa con su familia y con sus colegas del instituto. Ya no veía a sus compañeros y compañeras de clase tan divertidos, ni tan interesantes. Las proposiciones de reunirse, de verse para ir a sitios comunes y normales, y lo típico de unos estudiantes, no le parecían lo mejor del día o de la noche. Eran las cosas de estos niños que han visto el mundo solo por su agujerito. Ya no le seducían tanto el “Tiraíllo”, el “Jipioso abandonado”, el de los calzones caídos, ni aquella amiga “choni” que pasó, de la noche al día, a parecerle insufrible. ¡Vaya birria esa tía de los *piercings* y los tatuajes cutres! Sin ser una persona muy reflexiva, Lucía tenía temas de sobra en su cabeza que no podía compartir y que ocupaban en gran medida su atención: lugares, personas, los raseros con los que unos y otros podían juzgarla, cada escena de las vividas o las que estaban por venir, el dónde se estaba metiendo, el qué más habría... En su mente se había instaurado otra visión y otra perspectiva de las cosas. Sin proponérselo, ella notaba cómo la vida de Tarita iba desplazando poquito a poco a la de Lucía. Eso la inquietaba. Pero, bueno, “en todos lados hay gente guay. Mira Leti, qué tía más alegre y más lista”. Pensando que en su

nuevo mundo tampoco estaría sola, se reponía de las dudas y del bajón.

La cita del jueves llegó. La agencia Diamonds tenía un nuevo diamante muy especial que pulir. Le explicaron a Hassan la bisoñez de la chica principiante, y le pidieron que fuese lo más agradable posible. Las aclaraciones no eran necesarias porque allí tenían referencias de que el dubaití solía ser todo un caballero, pero aun así le advirtieron. Hasta le pusieron dos precios al joven heredero: uno por acompañamiento, sin servicios “extras”; y otro, en caso de que recogiera a Tarita después de pasar la noche. Hassan, que no solo quería acostarse con la chica, sino seducirla y conquistarla pacientemente, optó por el primer servicio, el de acompañamiento a una velada nocturna, pero, por supuesto, se reservó la posibilidad de ampliar las expectativas. El dubaití era, en su nivel, un granujilla agradable, simpático y galán. Le gustaba el arte de la conquista, y muchas de sus citas eran más para desplegar sus artes seductoras que para ir directamente al grano y encamar a la chica. Lucía, por su parte, era eso: novata. Estaba más pendiente de que la cita le resultara bien, o muy bien, para poder seguir descubriendo sus posibilidades en aquel mundo nuevo, que de controlar sus sentidos y sus sentimientos. Era presa fácil, era una aprendiz.

En esa ocasión, fue Celine, la peluquera francesa de la agencia, la que se encargó del protocolo, de la estética y del maquillaje de la chica. Era una señora madura, elegante, con estilo natural y sonriente, muy cordial y con mucho en-

canto. Se lo podía permitir por su profesión, siempre rodeada de chicas guapas y persiguiendo el buen gusto, pero quizás también fuese que, en su momento, había sido algo más... El caso es que, con bastante delicadeza y cariño, ayudó a Tarita para que esa noche se convirtiera en el mejor “diamante” de la casa. Esta vez era de argénteo brillante. Un precioso vestido corto y ceñido al cuerpo, que, aprovechando su magnífica figura, marcaba su busto, su cintura, sus caderas, y dejaba ver sus bonitas piernas sobre tacones de aguja negros, a juego con el collarín amplio y circular del vestido. Ah, sí, por supuesto, algo importante: un tanga y un sujetador de lencería fina con bordados en negro. Todo iba bien conjuntado, y con un último detalle: unos bonitos pendientes con pedrería verde a juego con sus ojos. “¡Preciosa, niña! Ahora, a pasarlo bien y a dar un buen servicio”: esa fue la última frase, junto con una sonrisa y un guiño, con la que Celine despidió a Tarita.

El vestido tan ceñido podría parecer un poco fresco, hasta un poco de putilla, pero es que esconder los argumentos de Tarita era casi más pecado que dejarlos ver. Celine decidió lucirlos, aprovecharlos... Como muchas personas maduras y con experiencia, ella también concluyó que “lo que se iban a comer los gusanos, mejor si lo disfrutaban los cristianos”. Bueno, “o los árabes a dos manos”... Que aquel diamante iba destinado al dubaití Sr. Hassan. Era un vestido bonito, sin más, que, según quién lo luciera, “eso” parecería. Y es que la diferencia entre un vestido “para fulanas” o “para damas elegantes”, al margen del material y de

los acabados, no está en cómo luce puesto, sino en cuánto cuesta arrancarlo. Que cada cual concluya el enigma de quién cobra más.

El chófer de Hassan, en su coche negro alemán de alta gama, recogió a la Srta. Tara y la condujo a una mansión del selecto barrio de Pedralbes, en la propia capital catalana. Al ver tan selecto destino, dentro de los nervios lógicos por lo novedoso de todo cuanto veía, la joven se tranquilizó. Disipó sus miedos de que alguien cercano o conocido la pudiera ver por Barcelona así, ataviada con un *look* tan refinado y con unas compañías adornadas de opulencia. Eso sería, por lo extraño, casi una confesión. Tras aparcar, Tarita esperó en el coche a que el galán dubaití viniera a por ella y la acompañase al interior de la finca.

—¡Buenas noches, preciosa! Tan bella como te recordaba. Ojalá hoy podamos disfrutar sin apenas interferencias.

—Buenas noches. Je, je. Gracias.

—Ven, te presentaré al resto de invitados.

Tara pensaba que sería una cita íntima para dos, pero no, al parecer, sí habría interferencias. Cuando Hassan le presentó al resto de invitadas e invitados, se dio cuenta de que era una reunión, puede que de negocios, de seis amigos con sus parejas. Allí había hasta tres razas distintas: un asiático, dos europeos, y Hassan, su primo y un amigo. Sin embargo, ellas, las chicas, todas eran de raza blanca, aunque una, la más curvosa, mostró, al intercambiar saludos y nombres, un deje sudamericano que parecía de Argentina.

Sintió un poco de inquietud, pues, aunque venía lista y mentalizada para acostarse con Hassan, no se había planteado, ni por asomo, que aquello pudiera derivar en una “orgía” de amigos.

—¡Pues vaya bautismo de chumino que me ha tocado! —pensó “choneando” como lo haría su amiga del instituto.

Nuestra chica estuvo toda la velada con la mosca detrás de la oreja viendo las caras, las siluetas y los encantos, discutibles, de unos y otros, dudando de qué paso dar en el caso de que su cita inicial acabara con postre y macedonia. Ellas, sin embargo, eran todas bastante atractivas. Dos eran un poco más maduras, acordes a sus acompañantes, de unos cuarenta. Pero, aun a pesar de su elegancia y su buen ver, de lo que no tenían pinta ninguna era de ser “la señora de la casa”.

“¡Qué va, qué va! ¡Estas son bastante más putas que yo!...” —elucubraba Tarita en medio de sonrisas cordiales por doquier y ya sosteniendo en su mano una delicada copa de *champagne* como aperitivo, y como inhibidor de castidad—. “¡Madre mía, qué vergüenza! ¡A ver en qué acaba todo esto!”.

Hassan apenas se despegó de ella a lo largo de la noche. Tenía una actitud cariñosa e incluso protectora.

“Menos mal, parece que este marca su territorio. O igual es que exhibe el regalito que tiene para sus invitados”, seguía Tarita dale que te dale.

Así estuvo durante la velada: sonriente, pero con ausencias; a gusto, pero inquieta; oyendo indescifrables comentarios en árabe y francés; y percibiendo miradas con sonrisas que parecían apuntar a la novata de la cena. Por fin, tras las ostras y el sargo soldado gigante al horno que degustaron, el dubaití, intuyendo algo, la tranquilizó diciéndole:

—No te preocupes. Ya queda poco para quedarnos solos.

Aquellas palabras fueron un bálsamo para Tarita. Ya sí se relajó y se centró en agradar a todos. Y eso que ya medio había digerido la idea de dejarse llevar, a ver qué pasaba en caso de que concurrieran todos a conocerse mutua e íntimamente.

Terminada la cena, los asistentes pasaron al salón-bodega del semisótano. Estaba decorado con arcos de piedra, techo artesonado y vidrieras pequeñas en las ventanas. Simulaba un salón castellano del Medievo cuya sobriedad contrastaba con su mobiliario moderno, las luces indirectas y la música ambiental. El aposento invitaba a degustar cualquier licor deseado por los presentes que seguro estaba almacenado por allí. Sería aquella una de esas mansiones que pasaban de mano en mano, de rico en rico, una que todos disfrutaban ocasionalmente, pero sin llegar a hacerla su vivienda principal. Por eso parecía carente de un estilo personal o de una decoración conexas y racionales. Al pasear por la casa, lo mismo veías una cocina moderna y normalita, como la de cualquier casa costeadada, que una escalera de caracol, una pista de *squash* o una biblioteca al lado de la zona de *spa*,

de la piscina o el gimnasio. A pesar de la ilustre ubicación y su probable desmesurado precio, la residencia era un poco destartalada. “Sería –supuso Tara– una mansión de paso, un picadero de estos millonarios”. Y tenía razón. La casa, propiedad accidental del emir de Dubái, era usada para eso, como opción de paso para algunas pernoctas, por periodos cortos, de sus sobrinos. Y hoy, como era el caso, para reuniones íntimas donde evitar que ojos indiscretos y, menos aún, la prensa, pudieran acceder a tan ilustres personajes. Antes de las once, las parejas se fueron despidiendo de la mansión, o retirándose, en el caso de los árabes, a sus aposentos. Los musulmanes se saltaron sus rezos preceptivos; con alguna dispensa contarían. Hassan se quedó por fin a solas con Tarita.

La pareja dio un paseo por el jardín. El dubaití no tenía casi ganas de hablar, pero sí de acariciar a la chica con las yemas de sus dedos, con la superficie de sus uñas suaves y recortadas...Y, por supuesto, con ganas de besar la delicada piel de la chica. Los nobles jugos ingeridos y el exquisito menú surtieron efecto. El paseo por entre arbustos, refrescando la piel, los susurros de voz, y el obsequio de una flor natural, iban vasodilatando y elevando la temperatura corporal de la dama. Tarita notaba su cuerpo dispuesto, sus poros abiertos y expectantes, deseosos de pasión... y, aunque intentaba mantener la compostura, se estremeció cuando Hassan tomó su mano y, beso a beso ascendente, alcanzó sus labios: dos turgentes orillas incapaces de cerrarse que ofrecían la calidez de una respiración acelerada y de

una lengua excitada y jugosa. Tara estaba turbada, pero de momento se dejaba llevar. Era consciente de que su cuerpo estaba ya listo, había llegado a ese punto sin retorno donde se quiere más y más. Mientras el árabe le ofrecía besos clásicos, ella los devolvía en francés, con lengua, acelerados, apasionados, rogando y reclamando un poquito más. Era evidente que Tara disfrutaba con el sexo y que su cuerpo no se conformaba solo con un calentón. Se abrazó fuerte a la espalda de Hassan y empezó a besarlo repetidamente dejando ver su necesidad de alcoba. En ese punto, ella hubiese consentido hacerlo en el césped o por donde paseaban: en el banco del jardín, en la puerta principal de la mansión o en la escalera de caracol... Intercalando pasos con incursiones de pasión, el dubaití bajó un poco la cremallera del vestido, quitó con suavidad el tanga de su dama, guardándolo en el bolsillo del pantalón; y besó sus piernas, sus brazos y su cuello, hasta llegar, regalándose mimos, al dormitorio principal. Daba igual cómo fuese de grande o cómo de comfortable estuviese. ¡Había una cama, y ya está! Una gran cama donde llegó nuestra candente y anhelante Tarita.

Hassan, que tenía pensado, e incluso recomendado por la agencia, tener paciencia y dar largas a consumir sexo, comprendió enseguida que eso iba a ser imposible. A ver quién contenía a esa mujer en plena efervescencia. Tarita quería más, quería sentir..., y ese fuego capaz de arrasarlo todo, tenía, sí o sí, que ser sofocado. El granuja de Oriente Próximo se puso manos a la obra. Escogió seguir encendiendo la pasión de Tara, que se dejó hacer.

De pie junto a la cama, Hassan aflojó y terminó de bajar el argénteo vestido de la chica con suavidad, con sutileza. Ella se humedeció los labios, temerosa e incapaz de controlar su cuerpo. Su respiración era irregular, arrítmica, agitada. Él le besó el cuello, le acarició la espalda con las yemas de los dedos, alcanzó a tocarle el escote, los labios... Ella se dejaba hacer disfrutando del momento, en tanto que, definitivamente, perdía su vestido, que caía al suelo. Con las piernas desnudas, él las recorrió y las acarició. Fuertes y delicadas, lisas, interminables... Besó sus senos desvestidos, y ella cerró los ojos. No quería dejar de soñar. Se recreaba, tomaba aliento. Notaba las caricias en sus muslos del hombre que la estaba amando, o eso parecía. Se imaginaba cómo seguiría él, ese apuesto galán que disfrutaba, sonrisa en boca, contemplando la belleza que tenía ante sí. Le parecía increíble. Se miraban, se sonreían, se besaban. Eran mimos superficiales, de estar de acuerdo, de dar permiso. Era el sabor del amor, de la pasión, el más adictivo de todos. Un beso más, dos, tres, muchos. Ella seguía dejándole la iniciativa a su amante, al que acariciaba suave o fuerte, según le daba placer. Era un código para que él, ese hombre audaz y explorador, encontrase el camino... Apenas tardó. La entendió y lo hizo. Acarició los pechos tiernos y turgentes de la chica y separó sus piernas con delicadeza. Tenía un nuevo mundo que descubrir por delante. Tara respiraba acelerada, entrecortada, con los ojos entreabiertos, e incapaz de cerrar sus labios. Respiró profundo varias veces, hasta que instantes después empezó a gemir. Hassan degustaba el sexo de su dama, que, con la mirada perdida del placer, se sentía sofo-

cada. Intentaba gemir con discreción y acariciaba la frente y el pelo de su amante. Él notó su calor. Insistió una y otra vez con su lengua, pero con suavidad, siempre suave, estando o pareciendo estar. Tara se tocaba los senos, quería aumentar sus sensaciones, que su cuerpo, todo, disfrutase de aquel momento, de ese follado colosal. Empezó a retorcerse, apenas podía cerrar la boca y tragar saliva. Parecía que estaba a punto de abandonar, de rendirse, mientras él seguía lamiendo, domando y resignando la presa a su suerte. Ella se mojó de nuevo los labios, el calor los reseca. Suspiró y se acarició el cuello, los pechos. No lo podía creer. Cogía la mano del chico, no quería que se separase, ni que parase. Estaba desquiciada, drogada. Su cuerpo era ya una locomotora imparable que, en ebullición, quería más. Sonreía, suspiraba y, con los ojos cerrados, como si aquello no fuese real, sus caderas iniciaron un vaivén al ritmo de los lengüetazos de él, que, intrépido, con sus manos, probó a introducir un dedo en el sexo de la chica. Con la otra mano le sujetaba el vientre o subía a acariciar sus pechos. El fuego de la chica diamante lo arrasó todo. Llegaron algunas contracciones de placer, hasta que él, tumbado ya en la cama, subió a buscar su recompensa: besar de nuevo la boca de Tara y mirarla a los ojos. Ella quería corresponder. Lo tenía que hacer. Tara también era mucha Tara. Se montó encima, lo despojó de su camisa, desnudó su torso, lo besó, y deslizó su cuerpo sobre él mientras buscaba y agarraba su miembro viril. Desde la boca del árabe hasta su vientre, lo lamió, y también lo hizo cuando encontró su ropa interior. Él no podía creer su suerte cuando ella sacó la espada ar-

queada del islam y la probó. La comió de arriba abajo, intentado llenar su boca, su garganta. Le regaló un vaivén de boca, de lengua y de manos, para un miembro húmedo y congestionado que poco más podía soportar. Los ojos de ella buscaban en la cara de Hassan su deleite, y valorar así su estado. La novata no lo parecía. En absoluto. Sus habilidades innatas afloraban espontáneas. Tan pronto aceleraba como frenaba. Degustaba con lentitud. Conocía el placer... Masturbó un poco a su víctima, y tensó su arma. El joven sabía que era cuestión de poco más. Le pasó la goma profiláctica y ella se la enfundó, al tiempo que, sin detenerse, alzó su cadera y se dejó penetrar. La pasión, el desenfreno, continuó un par de minutos más. Las contorsiones, los vaivenes, las caricias y posturas, y las nalgas sujetadas por las manos fuertes del galán, les excitaban. Detrás, encima, despacio, rápido... hasta que Hassan y, de nuevo Tara, entre ruegos a Dios, y a *my God*, se vieron incapaces de contener aquel furor, aquel elixir mágico que les otorgaba un placer interminable. Hassan se rindió derramando su ser en los pechos de ella a medida que la chica de ojos verdes se masturbaba el clítoris y se corría casi a la vez. “¡Vaya polvo, vaya amante!”, pensó ella relajando su cuerpo y empezando a recuperar el aliento. Tara miró agradecida a su cómplice por aquel rato de amor, o de lo que fuese, sin saber ni qué decir... Sobraban las palabras, ¿para qué? El hilo musical, que hasta parecía ya erótico, continuaba... ¿Por qué parar con toda la noche por delante? Hubo más...

Y así se estrenó Tara como *escort*. Un gran polvo y una noche entera de pasión, esa que siempre recordaría como el estupendo bautismo de la nueva chica diamante. Leticia y la agencia lo habían diseñado todo para que, más o menos, fuese así.

Por la mañana temprano, el encuentro terminó. Hassan tenía que viajar a París, y Tarita, sin braguitas de vuelta (se quedaron en el pantalón de él) y pillando una pieza de fruta del frigorífico, salió guiada hasta la agencia por el chófer del dubaití. Solo un beso, una caricia de nalgas, una sonrisa y una promesa de volver, por supuesto incierta. Pero no fue amor; en teoría, no fue amor. Fue un pasatiempo, un capricho más de un millonario heredero de un magnate del petróleo. Bueno, y una operación comercial de la Srta. Tara, por la que obtuvo 50 000 pesetas. Mitad para la agencia y mitad para la chica: algo más de 100 000 pesetas se gastó el dubaití por aquella noche estrenando esa joya, el nuevo diamante. Al final, fue inevitable, pagó la segunda opción, la del servicio nocturno completo. Su cuenta corriente ni se enteró: menos que calderilla... La propina extra del trabajo, una que nunca llegó al bolso de Tara, sirvió para pagar aquella lencería fina bordada en negro, que, inexplicablemente, según confesó en la agencia, se había “extraviado”... De todas formas, en Diamantes, estaban acostumbrados a eso... y a bastante más.

Todo era nuevo para Tara. Al llegar a la agencia, buscó respuestas preguntando a Celine, la peluquera francesa:

—Celine, ¿no es mucho lo que se queda la agencia?

—¡Pues te advierto que te están tratando como chica de primera! Es posible que hasta tu acompañante se haya interesado para que sea así, para que te den el máximo estipulado para las chicas.

—Pero nosotras somos las que ponemos nuestros encantos, nuestro cuerpo, para satisfacer al cliente.

—Como debe ser —sonreía Celine—. No va a ser el chófer o el mayordomo quien seduzca a los señores... Los clientes aquí quieren “chicas”. Y, ya sabes, “solo lo mejor”. Las recién llegadas tienen un periodo de prueba donde, según cómo se comporten y el resultado de sus citas, van ganando en “demandas” y pueden así aspirar a más pesetas, francos, o lo que sea...

»Ya te digo, sin estar segura, que creo que te han tratado de manera preferente. Eres una apuesta interesante de la agencia, no hay más que verte —volvía a sonreír la elegante estilista—. Además, Tारा, piensa un poco: ¿alguna vez, desde tu vida cotidiana, tendrías la posibilidad de ir o de hacer lo de anoche? ¡No es fácil conocer ni relacionarse con millonarios! Ni barato. Exige un nivel de vida, de relaciones y de contactos al alcance de muy pocos. Los que mandan aquí lo saben. Así que, o eso, o tendrías que hacer la calle pura y dura solo con tus medios... O bien, seguir con lo que tenías antes de empezar: tu vida y tus estudios. Siempre

tienes las mismas opciones. Tú, por acostarte fuera de aquí, ¿qué habrías sacado?

—Ya —entendía Tarita imaginándose, solo por un momento, el resultado de enrollarse con uno de sus compañeros jipiosos y tiesos como la mojama, o sea, un final con los bolsillos vacíos.

—Lo que sí te voy a dar es un consejo, que, en este mundillo, somos todas de dar buenos consejos aun a sabiendas de que luego haréis lo que os dé la gana: ¡Ahorra y guarda dinero! Antes o después te hará falta. Y si puedes, no dejes tus estudios, por si acaso.

—Tú has sido *escort*, ¿verdad, Celine? Eres guapa y elegante, y conoces bien todo esto.

—¡Claro! —respondió sin titubeos y con naturalidad la peluquera—. Pero eran otros tiempos y no empecé como tú. Otro día te lo contaré, que ahora tengo que preparar muchas cosas y los arreglos de otras chicas.

—¿Es duro? —preguntó Tarita esperando oír la voz de la experiencia.

—¡Pues sí! —respondió también Celine sin titubeos—. Algo menos para las más listas, y algo más para las más tontas. ¡Así que espabila! Coge tu dinero, y al banco. Será tu salvavidas. A ver, es normal que con lo ganado las primeras veces quieras darte unos cuantos caprichos, pero, a nada que puedas, ¡guarda!

—¡Te haré caso! Gracias, Celine —respondió Tarita dándole un beso a aquella agradable dama francesa.

—¡Venga, vamos! Sí, mira, toma esta tarjeta. Es urgente que vayas ahí. Es un estudio fotográfico donde te harán un reportaje, unas cuantas fotos para la agencia. El estilo y erotismo es cosa vuestra, pero no te preocupes, que allí, de fotos soeces o pornográficas, nada de nada. ¡Aquí se vende estilo, clase, *glamour*! Bueno, tú ve allí, y te pones de acuerdo con los artistas.

—¿Esas fotos serán públicas? ¿Quién las verá?

—A cara descubierta, nadie; solo algún cliente de muchísima confianza... Esto es muy confidencial y discreto. La agencia no va a ir repartiendo fotos de las chicas como si fuesen cromos de deportistas. En todo caso, a lo mejor suben a la web alguna foto erótica de alguna, pero sin que pueda ser identificada ni descubierta... Eso sería una barbaridad, ¡pues chico cabreo y espantada que se iban a encontrar por parte de las chicas!

—¡Ah, bien! Lo suponía, pero quería confirmarlo.

—No te preocupes, ve y luce todo lo guapa que tú eres. Piensa solo en seducir, ¡ja, ja!

—¡Lo haré! Creo que probaré hoy mismo. Me he levantado de buen humor...

—¡Ja, ja, ja! —reían ambas, suponiendo de dónde habían salido las endorfinas de aquel estado de felicidad.

Tarita, Lucía al salir a la calle, iba radiante y con bastantes “tréboles” en su haber. De momento, su trabajo parecía más una bicoca que una putada. Le hizo caso a Celine y se fue al banco, donde ingresó 30 000 pesetas, seis trebolitos, dejando el resto para algún capricho y, como le había dicho también Celine, para ir mejorando poquito a poco su aspecto de diario. Eran los inicios, y eran otros tiempos. Aquellos con menos control informático y fiscal, donde podías llegar a tu banco, ingresar una modesta o incluso significativa cantidad de dinero, y nadie te preguntaba por su origen. “¡Casi otro orgasmo!”, pensaba hoy por hoy la Tara madura, consciente de que uno de los problemas de las *escorts* es blanquear sus ingresos... Son las leyes: “lo ganado con el sudor de la frente o de la parte del cuerpo que fuera, ha de tributar”. También hay opiniones para todo: “el que vive de una puta, aunque se trate de Hacienda, no debería extrañarse si a la postre lo llaman hijo de puta”.

Las fotos de Tarita, como era de esperar, fueron un éxito. La chica, con una figura privilegiada de modelo, solo requirió un par de consejos, de indicaciones, y un poco de maquillaje. Sombras, contraluces, contrastes, lencería fina sofisticada, curvas expuestas de los senos y de su culito periforme, pelo suelto, alborotado, máscaras insinuantes, intrigantes, medias y posturas de infarto, de ofrecimiento, solícitas, pero sobre todo de erotismo, fantasía y deseo. Entre decorados con camas, ornamentos de lujo, cueros y pieles, sofás y alfombras, y chimeneas, el *book* de la Srta. Tara estaba listo. El diamante podía exhibirse ya en su caja, en la

agencia Diamantes. Allí, conscientes del potencial de la nueva *teenager*, querían cuidarla y pulirla como se hace con una piedra preciosa: poco a poco, sin golpes bruscos ni impactos que la pudieran romper o echar a perder ninguno de sus brillos.

A Tara le ofrecieron en ese mismo mes de septiembre cinco servicios más. Dos de florero, como decía Leti, por supuesto cobrando poca cantidad, un trebolito de 5000 pesetas, y tres servicios de acompañamiento nocturno: dos a restaurantes selectos y uno con almuerzo en hotel. Eran citas normales, habituales en la agencia, con varios ricachones conocidos, pero yendo asignada para un cliente de los incluidos en el grupo de buena presencia y respetuosos. De momento, la consigna con Tara era tratarla sin golpes bruscos. Con dos de ellos se acostó. No lo pasó tan bien como con Hassan, nada que ver, pero pasó un buen rato. Fueron citas agradables, con *feeling* por ambas partes que desahogaban y relajaban el cuerpo y que, a término, reportaban cuatro o cinco trebolitos... Como decía la pícara de Leti, limpios “de polvo y paja”. Con una de las citas no tuvo nada de química, por lo que eludió desde el principio la posibilidad de acostarse. El cliente lo entendió y no se quejó a la agencia, pero sí lo hizo constar. Pagó bastante menos de lo que *a priori* estaba previsto.

Fue un joven empresario tecnológico de unos treinta años. Inglés, blanco y más bien feílo, con perilla y bigotes descuidados a propósito, orejas de soplillo, como emparentado con la realeza británica, y una mirada de desprecio no-

table. No parecía amigable. Era como si estuviese obligado y buscando un motivo para echarlo todo a perder. Un descarado desinterés. El caso es que esa noche Tara tampoco tenía ganas de sexo, y menos todavía si, como parecía que era el caso, su acompañante no valoraba la *delicatesen* que tenía ante sí. Tara estuvo amable y discreta, pero fría. Se contagió de la desidia del joven y evitó cualquier contacto sugerente de parecer un rollo fácil. En principio, iba a eso, pero a la hora de la verdad, no tuvo ganas. Además, nuestra *escort*, quería ver hasta qué punto podía zafarse de un servicio, y qué ocurriría después por ello. En definitiva, quería saber si era verdad lo de aquella “libertad plena” que decía su amiga Leticia a la hora de decidir. Por lo tanto, esa noche decidió que no habría cama. En la agencia sabían que Kristoffer, que así se llamaba el inglés, era un tipo raro, obsesionado con la informática y la ciberseguridad, y sin espacio para mucho más en su cabeza. La cita se la habían preparado sus amigos y socios para ver si espabilaba. Le pusieron delante a uno de los más vistosos diamantes, pero ni por esas. Al final, acabó siendo una noche en blanco. Las consecuencias para Tara fueron las habituales en estos casos: cobró muy poco, ya que el servicio fue mínimo, casi de florero, y además la penalizaron sin llamarla durante una semana completa, insinuando con esa medida que allí había trabajo sobre todo para quien lo hiciera siempre bien. Sí se cuidaron de no penalizarla asignándole clientes de los difíciles, de los complicados, como se hacía con otras chicas que se ponían un tanto delicadas y pejugueras, pues Tarita todavía estaba protegida y en periodo de formación...

Y así acontecieron los comienzos de Tara, de cómo la joven estudiante catalana Lucía se transformó en chica diamante, en toda una *escort* de lujo.

Vuelta al presente

Tara estaba terminando su sesión de *footing* por Marbella después del encuentro con Albert “el Manitas A7S8”. El sol se acababa de poner; y los conductores, de vuelta también a casa y menos activos, se limitaban ya a admirar en silencio a aquel pibón de 40 años pasados que, para cuidar su físico, quemaba calorías por las aceras de La Milla de Oro. Su ejercicio era exigente; la *escort* estaba convencida de los beneficios del deporte, y se autoexigía esa disciplina. Salió del lujoso apartahotel Guadalpín en dirección al Marbella Club, a 1,2 km del hotel. Después, buscó las cercanías de Puerto Banús, desde donde regresó, siempre corriendo durante unos ocho kilómetros de intenso desgaste que realizaba al menos cada dos días y que le ayudaban a estar muy en forma. No solo valía con quemar calorías en la cama para mantener su figura.

Había corrido, mirado el aspecto de la ciudad, y también recordado sus comienzos en Barcelona. Pensaba que así, entendiendo el cómo y el porqué de sus inicios, podría alejar sus fantasmas, sus dudas, e ignorar la realidad y sus circunstancias, que cada dos por tres aporreaban su puerta. Pero solo fue un intento. A veces, la realidad insiste machaconamente. Fue entonces cuando sonó su móvil personal,

el de Lucía, unos instantes antes de encarar su último trote al hotel para arreglarse. Era Silvia, su cuñada.

—Hola, Silvia, dime —respondió Lucía todavía acelerada e intentando recomponer su respiración para hablar.

—¿Estás disponible? ¿Puedes hablar ahora?

—¡Sí, claro! Estoy en Marbella, como te dije. Esta noche tengo una cita aquí, y estaba haciendo un poco de *footing*. Dime, ¿todo bien?

—Bueno, sí, más o menos. Pero quería contarte algo y que me des tu opinión. Es Carina, ya sabes...

Carina, su hija

Carina era la hija de Lucía, la que tuvo hacía dieciséis años en su único paréntesis como *escort* cuando se casó, por amor y por lo civil, con su padre, Viktor. ¡Qué ilusa! El apuesto jovencito era un modestísimo emprendedor sueco que, por aquel entonces, quería abrirse camino en la playa de Capovento Torre, cerca de Roma. El nórdico pretendía montar una sencillita escuela de surf, la Tiberio's Surf, como cortesía al emperador que anduvo por allí dos mil años antes de aquello, y lo hizo. Hasta Lucía le dejó dinero para comprar la primera caseta, el primer mobiliario, las tablas, los chalecos salvavidas y demás. Ella pensaba que podía ser parte de aquel proyecto. El sueco tenía poco *cash*. Lo disponible lo usaba para responder al piso de alquiler, a sus gastos de diario y a poco más. En el fondo, era un poco

desaliñado, lo que hoy se diría “perroflauta”. Hasta se enredó el pelo y se dejó un manojito de rastas desparramado por la espalda que flanqueaba con dos rapados laterales en la cabeza. Pero, claro, era sueco: rubio, varonil y muy guapo. Con esas, la imagen de “tieso pelao” quedaba bien camuflada debajo de la de un Thor masculino, sonriente y cariñoso, que esto último sí que lo era. Ocurrió que Lucía, de vacaciones por Roma tras un trabajito, se quedó enganchada del chico cuando cruzaron sus miradas e intercambiaron las primeras palabras en la playa romana. Él, al segundo día de verla y esperando que entrasen olas grandes, de las buenas, la invitó a probar ese deporte de moda en su propia tabla. Era lo mejor que podía hacer un surfista al uso cuando las olas son pequeñas: ligar. Lucía aceptó, y demostró lo pato mareado que era para alzarse sobre el agua. No importaba, daba igual. De ahí en adelante, fue un no parar de momentos bonitos y románticos. Todo un flechazo. A pesar de gustarle mucho el tal Viktor, la catalana, ya con 24 años, inició la relación pensando que duraría lo que dura un lígüe fuera de tu país: muy poco. Y que, ya puestos, para no hacerse ilusiones con el guapote escandinavo, acabaría el amorío con el mazazo de su confesión: su vida como *escort*. Pero se equivocó. Y es que la belleza extrema, con poco más de veinte años, es como el canto de las sirenas: que seduce, embriaga e hipnotiza. Con tal de estar cerca, de verla y de poseerla, el sueco lo pasó por alto todo, o casi todo. A ella le ocurrió algo similar. En la misma tarde de caminata playera, él le confesó su bisexualidad; y a ella, ya doctorada en los gustos y filias sexuales, aquel asunto le pareció bastante

insignificante, poca cosa. “Más ignora y perdona él que yo”, pensó Lucía. Así que, con las cartas sobre la mesa, la joven, en vez de intentar cazar a un rico millonario de esos con el riñón bien cubierto, se dejó embaucar por las fantasías empresariales y las ilusiones familiares de un sueco fantasioso, irresponsable, inmaduro, y con afinidad por la carne y el pescado.

Al principio, todo iba bien. Bueno, todo no, que cuando Lucía le comunicó a la agencia que lo dejaba, “y por amor”, aquello cayó fatal. Ni era la primera vez que pasaba ni sería la última, pero perder sin más a una de las mejores componentes del equipo, a la estrella, era un buen palo. Aunque era lo que había: tenían que volver a empezar y a buscar entre las promesas a otra con bastante proyección para la siguiente temporada. Todo muy similar al fútbol, sí. Es más, en la agencia, después de recabar datos de dónde iba a jugar los próximos meses, se tomaron el abandono de Tara más como una lesión grave de su jugadora *top* que como un adiós definitivo. No veían tan claro que aquel suceso fuese con seguridad un punto final a su indiscutible carrera. ¡Qué buen ojo y qué listos son estos del fútbol! Y estos de las chicas diamantes, también. Tarita tenía ahora que luchar contra una profecía que afirma que “la que es puta lo es para siempre”. Algo demoledor, pero que estaba ahí. No es verdad, mejor aclararlo pronto, pero, eso sí, su porcentaje de acierto es muy considerable. Será porque adaptarse a una nueva vida, difícil y miserable en muchos casos, no es tarea fácil. La vida es dura, se sabe, y por eso nos cuesta tanto es-

capar de ciertos lastres. Lucía no tardó en experimentarlo por primera vez en aquella vida suya de casada.

Tuvieron una boda romántica y sencilla para no asumir gastos innecesarios. Apenas asistieron las familias de ambas partes, ya que no les pareció sería una boda repentina, ni tampoco confiaban mucho en los contrayentes. Sus vidas vacilantes, sin solidez e inestables corrían alejadas de los cánones tradicionales. Y eso que no sabían ni la mitad de la mitad... La ceremonia fue muy bonita: al atardecer, viendo cómo el sol descansaba sobre el Mar Tirreno. La música de violín y los trajes elegantes, sobre todo el de la novia, la más guapa, y el de sus amigas, dieron romanticismo al evento. Él quiso ir de original y vistió un poco *hippie*, eso sí, con chaqueta de lino italiana, aunque de pantalón corto. A nuestra Lucía le daba igual. ¡Pues anda que no era guapo su Thor con lo que se pusiese! Los amigos eran todos muy del estilo de los contrayentes. Algunas compañeras de Tarita fueron a disfrutar del algodónoso enlace de su amiga ¡y a pelearse por el ramo!, que, si algo hay soñado para estas jovencitas tan liberales, es una preciosa historia de “amor”.

Lucía advirtió a Leti, como madrina; a Celine, la peluquera, como dama de honor; y a tres amigas “diamantes” más, de lo habitual: que se comportasen y mantuvieran la necesaria discreción y compostura. Uno sí, pero lo otro no. Allí, tras las copas y el baile moderno, y el desenfreno del convite, se lio todo el mundo. Fue por separado y en parejas, pero se lio todo el mundo. A la novia y a su madrina les gustaba recordarlo con carcajadas, porque aquello “¡más

que una boda, fue un putiferio!”. Quizás por la energizante brisa del mar o, a saber, las chicas liberales se liaron con los chicos guapos de las gélidas tierras del norte, con los rubios y con los dos morenos, les dio igual. Allí todos eran de notable alto para arriba y, claro, eso y el alcohol ayudó bastante al “éxito” de la boda. Los padres de ambos cónyuges recibieron solo las fotos más tiernas y formales. “¡Qué guapos están todos!”, pensaron las madres enjugando sus lágrimas por no haber vivido de cerca ese momento tan importante y tan diferente a como se lo habían imaginado.

Pasada la celebración y la euforia inicial, en este caso también llegó la cruda realidad: el día a día y el remar contracorriente. Lucía se quedó embarazada a los tres meses de casarse. A partir de ahí, sus ilusiones por participar y por ser parte del proyecto de Viktor se tambalearon bastante. Casi tanto como lo hacía ella cada vez que se subía a las tablas, y más a medida que ganaba volumen su incipiente barriga. Jornada tras jornada, llegaron los aletargantes meses de invierno. Los turistas y la demanda de clases de surf bajaron muchísimo, y encima aquellas latitudes eran caras para residir. De nuevo, poco trabajo, pocos fondos, a controlar gastos y a vivir modestamente, como la mayoría de los mortales. ¡Pues vaya leche! “Por lo menos nos queda el amor o, mejor dicho, nos sobran los pretendientes para ello”. En los dos años de relación marital, hubo casi de todo. Viktor era un ligón. Cariñoso, entrañable, afectuoso, y además bisexual. ¡Tonteaba con todas y con todos! Llegó un momento en que Lucía no sabía si su marido era *instructor*

de surf o el relaciones públicas de la playa (*the public relation of the beach*). Empezó como algo simpático. A Lucía le parecía estupendo que su pareja fuese tan popular y estuviese tan solicitado, pero poco a poco, conforme se acercaba el parto, los celos y las sospechas la invadieron. Después, durante los permanentes cuidados a la dulce Carina, más todavía. La menor atención de su esposo, los detalles de higiene, el sexo venido a menos, y esas escapadas de él a ver nuevo material eran muy raras, ¡rarísimas!, hasta que un día lo pilló. Si hubiese sido un chico, quizás lo hubiese pasado por alto, o no, a saber, pero era una chica. Eso, al mejor de los diamantes de su país, le dolió muchísimo. Lo hablaron, concluyeron que se querían todavía, y que además estaba la niña... Con esos argumentos, decidieron superarlo, y lo intentaron. Pero enseguida volvieron las sospechas y el detonante de todo: la estrategia de Lucía. A medida que recuperaba su espectacular físico, tras la lactancia, optó por darle celos a su marido. Fue una mala táctica, seguramente tan mala como lo hubieran sido todas, pero que, en su caso, no funcionó. Ella tenía sonrisas y afecto para todos, y los celos de él comenzaron a picar. El cariñoso sueco no lo digería bien, en absoluto. Las ideas de aquel pasado cuestionable de Lucía, el de Tarita, se plantaron sobre su cabeza como un oscuro nubarrón que llegó a ser tan grande y oscuro que al final descargó: llovió y diluvió. La relación estaba tocada de muerte, deteriorada y sin confianza alguna entre las partes.

Lucía se dejó llevar un día, en una de las escapadas de Viktor, y se enrolló con un italiano fuerte, moreno y muy estiloso; como todos los “donjuanes” italianos. Manejaba algunas liras, pero tampoco una barbaridad. Era un hijo de papá sin oficio ni beneficio al que su padre, constructor de la zona, le costeaba algunos de sus adornos, de su pompa y de su atractivo. Vamos, ¡que tenía un Ferrari! Era de segunda mano, pero era un Ferrari. El pretendiente *un gancio, a trappola italiana* por meloso y pertinaz, se salió con la suya. La joven esposa y madre picó, cayó en sus brazos. Gian Marco, aprovechando que pasaba mucho tiempo cerca de la escuela de surf, a veces insistía en acompañar a Lucía en su vuelta a casa a la hora de recoger al bebé del *vivaio* (la guardería). Otras veces, la cortejaba mientras ella se ocupaba de algún recado pendiente del negocio: una compra, enviar un paquete postal... daba igual. A Lucía le caía bien y le solucionaba alguna que otra urgencia. Aceptó también aquella vez, para volver a casa, subir al bonito deportivo rojo. Le recordaba los buenos momentos de Tarita rodeada de lujo y exclusividad. Pero ese día, durante el almuerzo, había discutido fuerte con Viktor. Fue por los celos mutuos, ¿cómo no? Su marido partió de viaje sin apenas decir nada ni dar explicaciones; y ella, suponiendo algo más en aquella marcha, despechada, se hartó y acabó también por desquitarse. La tentación italiana, al atardecer, esta vez sí funcionó. El tono dulce y las miradas del galán *bello* hicieron su efecto. Tras el primer pico tímido y el silencio de Lucía, vino otro, y otro, la primera mano entre la camiseta y el respaldo del asiento del coche. ¡Uff! ¡Qué calor y qué lío! Total, un can-

doroso polvo donde, menos mal, Lucía reprimió a Tarita y no salieron los fuegos artificiales de los que la *escort* era capaz... La joven madre, una *milf* de tomo y lomo, seguía teniendo más brío en sus entrañas que el motor V12 del *cavallino rampante*, pero, hasta cierto punto, se contuvo. Una mecha encendida por el despecho y el culito de Tara, que volvía loco Gian Marco y lo aceleraba de 0 a 100 en menos de un segundo, fueron los detonantes de la traición.

Después de aquel buen rato, vinieron el arrepentimiento, el interior y las consecuencias, las externas. ¿Qué galán tiene la boca cerrada cuando conquista las estrellas? Si a Gian Marco le gustaba fardar con su coche por donde iba, ni qué decir tenía que no dejaría escondido el asunto de faldas... La historia, con tal de presumir, se le iba de la boca por donde pasaba. Sin él pretenderlo, al final le cayó a la pobre Lucía el sambenito de facilona. Antes puta de lujo, pero es que ahora era casi peor: ¡facilona! De nuevo, volvía a ser el objetivo de vividores, calaveras, y de los guiris de paso que se acercaban a la escuela de Tiberio a ver si tenían fortuna. Por supuesto que, en unas semanas, Viktor se enteró. Le llegó el rumor por un amigo común que había oído la hazaña de boca del donjuán italiano. Le sentó fatal, como a todo el mundo en su caso, pero calló; él tenía también mucho que ocultar. Sabía que la relación estaba rota y que era cuestión de tiempo liquidarla. Además, la marcha de la escuela seguía siendo mala. En términos económicos, las cuentas daban para sobrevivir, pero sin alardes ni excesos. Por el contrario, las obligaciones y las responsabilidades

nunca faltaban. Las ilusiones de un joven emprendedor se quedaron en eso, en vanas ilusiones que con el tiempo y al no salir los números, se tornaron en desilusiones. Y eso trajo todo lo demás: abandono, desinterés, desidia, buscar culpables y echarse en cara el origen de sus males... Ya solo quedaba ver cómo se rompía la relación conyugal y acordar el futuro de la niña, de Carina.

El acuerdo no fue fácil, por lo desgastada de la relación y por los reproches que cada vez que empezaban a hablar, a discutir, salían de sus bocas. Se gustaban, todavía se querían incluso, pero había mucho que recriminar por cómo habían gestionado y cambiado sus vidas. Los dos coincidían en que habían empeorado, y eso que la catalana sabía de dónde venía... Ella le reprochaba a él sus devaneos amorosos, siempre presentes, y que, además, había sido un fanfarrón y un iluso lapidando hasta sus modestos ahorros. ¡Ah, sí! También que era muy torpe e informal para gestionar una empresa, pero que más aún para ocuparse de una familia... Después, arremetía él, que no se quedaba atrás: que si el desastre era ella, que si no sabía todavía ni sostenerse en la tabla, que tonteaba con todos los clientes o, mejor dicho, con los masculinos, y que solo quería estar guapa e ir de gran diva. Al final, si la cosa se ponía cruda, al sueco le salía lo peor que tenía dentro con tal de ofenderla: “*Non parlare* de mis deslices, que de eso ‘las que son como tú’, lo saben todo”. Viktor solía tener un mínimo, mínimo, de elegancia para no decir “puta”, pero lo insinuaba, y tampoco siempre lo evitó. Detalles tan viles como ese hicieron insos-

tenible la convivencia y su continuidad. La relación quedó rota del todo. A Lucía, llegado ese punto, le pasaba lo mismo que a su querida Leti la venezolana, cuando afirmaba que: “La palabra puta no me molesta, pero la mala intención sí”. El corazón dolido de Viktor ni para defenderse debió pronunciar aquella palabra.

Lo único bueno y que hizo más fácil la ruptura era que no había ni una peseta por un lado ni una corona por el otro, ni tampoco una lira ni un euro por parte de ambos. Nada que repartir a causa de los malos resultados del negocio. La custodia de la niña, que *a priori* parecía asunto complejo, al final se resolvió. El padre sabía que su vida cuidando de un bebé, o al crecer de una cría, sería siempre un problema y una carga notable: una responsabilidad difícil de atender. La madre planteó su vuelta a Barcelona, donde, con mejor o peor recibimiento, podría apoyarse en su familia, y donde seguro que no le faltaría trabajo... Como Viktor aceptaba la custodia a cargo de la madre pero tampoco quería vivir lejos de su hija, decidió saltar otro poco en el mapa y afincarse no muy lejos de ella, en Alicante, en Torrevieja. No era mal sitio. Estaba cerca de La Manga del Mar Menor, y allí también podría replantear su actividad, por supuesto cerca del mar y del surf. Cogió sus neoprenos y volvió a intentar su sueño, esta vez con un socio local menos idealista y más capaz para los negocios. Cada vez que quería ver a la niña o quedársela los fines de semana que le correspondía, cogía el coche y tras cinco o seis horas de carretera, la tenía a su alcance y disfrutaba de ella. No le

gustaba la idea de que su madre volviese seguramente a dejar su vida en manos de Tara. La catalana le advirtió que ni se atreviera a ir por allí ni a opinar al respecto. Después de que él y sus sueños se hubiesen comido los ahorros de la *escort*, que es lo que hacían los proxenetas, los chuloputas, era lo que le faltaba. Además, que ella no tenía por qué darle cuentas de su vida, que la niña estaría perfectamente cuidada y atendida. Viktor era un soñador, pero no era tonto del todo. Sin gustarle la idea, sabía que Tara podría ganar en un mes lo que él en varios meses o más... No había color de dónde estaría mejor la pequeña, al menos con más respaldo económico. Así que pactó un acuerdo de custodia que le permitiera acceder a su hija con facilidad, y todo quedó resuelto. Ya podían seguir sus caminos por separado.

Lucía volvió a Barcelona a instalarse en un piso que compartiría con Leticia. Sí, volvió a ejercer. Pero antes buscó trabajo y hasta hizo alguna sustitución que otra de dependienta de franquicias y de reponedora y cajera de supermercados. Con eso, siempre iba justa de dinero. Al lado de ella estaba su entrañable Leti, que vivía la vida loca e iba bastante más sobrada de “trebolitos”, de plata. La venezolana incluía a su amiga en reuniones y eventos donde se requerían azafatas de adorno, chicas florero, pero, claro, eso era solo dinero para alguna alegría, un extra, o para pagar los cuidados a la canguro de la niña alguna noche que otra. Leti le decía con desparpajo y cariño:

–Nena, tienes que volver. Te lo digo en serio. En la agencia todos esperan que vuelvas a ser como antes, su gran diamante.

–Sí, pero esta vez no me lo van a poner tan fácil. Me fui. La vuelta será tragando de todo, lo sabes.

–Bueno, yo te ayudaré. Puede que al principio sea un poco así, pero en un par de meses confiarán otra vez en ti y podrás ser tan selecta como antes. Además, ¿es que ya no vas a saber tú zafarte del pelmazo o del asqueroso de turno? Ja, ja, ja. ¿Recuerdas? “Con los marranos, cuidadito con la boca, cuidadito con el ano”. “A los salidos, pajita muy rapidito y solo lo permitido”. ¡Vamos, vamos, dime que lo recuerdas! Ja, ja, ja –reía la pícarra morenaza incitando a su amiga, que ya sonreía dispuesta a seguir.

–“Y si te disgusta todo, hablar y hablar hasta por los codos”. ¡Ja, ja, ja! –reía también la catalana convencida de que con aquella “receta” doméstica para quitarse “marrones”, y con algún truquillo más, podrían salir airoosas de casi cualquier encuentro.

Los otros, los trabajos con apuestos y respetuosos caballeros, no les preocupaban. Estos no eran ningún problema; se trataba solo de pasar un buen rato protagonizando un teatrillo, solo eso. Ahí no habría que recurrir a las malas artes de las *escorts* para deshacerse de un cliente detestable.

—Si no es que no quiera volver, si eso casi me da igual —confesaba Lucía—. Si es un trabajo que dominamos a la perfección, ya ves. Es que tengo preocupaciones que antes no tenía, miedos, no sé...

—¡Anda, anda! ¿Qué miedos vas a tener tú, mi niña? —preguntaba una Leti muy protectora.

—Ahora con la niña me da más miedo tener las dos vidas tan juntas en Barcelona, y que se crucen. Con el tiempo, cada vez me conocerán más clientes como *escort*, y más también como madre separada, la madre de Carina. Todavía es muy pequeña, pero cuando crezca y oiga cosas... No quiero ni pensar si me tocara una cita con el padre de alguna compañera de la guardería. Ya sabes cómo son ellos de bocazas... Y si se enteran ellas, las engañadas, peor... ¡Me crucificarían!

—¡Ay, chical! Pues en ese caso hay que hacerse amigas de las madres también. Ja, ja, ja.

—Sí, claro, y de los maestros y de las maestras... Pero mira que eres puta y que te gusta un sarao. ¡Ja, ja, ja! Tú, como cuanta más gente haya, más cobras..., pues ¡hala, multitud! Ja, ja, ja.

—Claro, mi amor. ¿Quién no tiene un trebolito para esta linda señorita? ¡Ja, ja, ja! Mira, ya en serio —se recomponía Leticia—, sabes que te entiendo, es verdad. Ese problema las que no tenemos hijos no lo vivimos. Pero, oye, que tú tampoco eres la primera que ejerce. Muchas chicas, ya sabes, las

sudamericanas como yo, trabajan aquí y tienen sus hijos allá. Les mandan plata a sus familiares que cuidan de los niños, y tan felices. Tarde o temprano tendrás que hacer lo mismo: trabajar en un sitio y tener tu vida privada en otro, o alejar un poco a la nena...

—No me gustaría alejarme de la niña. ¿Con quién la dejo? La única que sabe de mi otra vida, de momento, que yo sepa, es Silvia.

—Bueno, ella es un encanto. Con eso de su infertilidad, le gusta un montón hacerse cargo de la niña. Tu hermano y ella, cuando no hemos podido nosotras, se han ofrecido siempre. Y tus padres, a pesar de sus trabajos, también quieren estar con su nieta.

—¡No, qué va! Con mis padres no la dejaría periodos largos. Son demasiado tradicionales. No quiero que mi hija crezca engañada, creyendo en reglas morales antiguas. Si algún día la niña supiese la verdad, ¿qué iba a pensar, que su madre es un monstruo? ¡Ni hablar! Mis padres, descartados.

—Vale, pues entonces Silvia es la mejor opción. Ella puede ayudarnos. Es más abierta de mente. Si al final te puede venir bien que tu cuñada, entre la despedida de soltera y la boda, se enterara del tema.

—¡Es que fuisteis unas bocazas! Tanta discreción, tanta discreción, y al final se coscó cuando por fin

os desmadrasteis en la fiesta de despedida primero, y luego en mi boda.

—¿Y qué sabíamos nosotras? Al principio la tomamos por una compañera tuya que venía de otra agencia. Como es tan mona...

—Sí, claro, pero decirle, desnudándoos en la orilla de la playa y con la botella de alcohol en la mano, lo de: “Me pienso follar a estos suecos rubios y, por ser hoy, no les voy a cobrar NA-DA”... Menos mal que me preguntó primero a mí, y que pude rogarle discreción. Por lo menos, que mi hermano no sospechase nada... Luego ya me ha venido muy bien, ha sido mi única confidente en la familia. ¡Es que en mi boda se os fue la pinza de una manera...!

—Hija, es que fue todo tan bonito que nos contagiamos del “amor verdadero”. Ja, ja, ja —reía Leti poco dispuesta a asumir su patinazo, ni el de sus compañeras.

—Pobre Silvia, la cara que me puso cuando, poco después y con tranquilidad, tuve que confesarle mi secreto y le hablé de Tara... Menos mal que entendió que si a Viktor como novio no le importaba el asunto, sacar a relucir a Tara solo serviría para hacerme daño a mí, y a los míos... Le rogué un juramento de silencio, y ella me lo prometió. ¡Qué buena es! —recordaba Tara.

Vuelta al presente

Silvia era su confidente en la familia, la única tapadera al corriente de su vida, su cuñada. Con el pasar de los años y, debido a su esterilidad, asumió encantada el hacerse cargo de su sobrina en las muchas ausencias que requería el trabajo de la mamá. Lo hacía con agrado, le gustaba ejercer de segunda madre. Y eso que, de vez en cuando, la rebelde e incontrolable Carina, honrosa astilla del palo materno, le daba a sus allegados más de un dolor de cabeza.

En bastantes ocasiones, la madre y la tita tenían que hablar para decidir cómo actuar. Hoy era una de esas ocasiones, mientras Lucía, Tara, trabajaba en Marbella y terminaba de hacer un poco de *footing* antes de su cita nocturna.

–Quería contarte y que me des tu opinión. Es Carina, ya sabes...

–Dime, ¿qué le pasa a mi chica? ¿Otro berrinche?

–Sí, otro, el de los fines de semana. Ya sabes que cuando no puedes estar en Barcelona, se anima...

–Mientras no se nos escape de casa como el año pasado...

–Pues lo ha dicho. Esta vez no ha tenido ganas de irse, aunque en muchos de sus arrebatos amenaza con largarse a Torrevieja con su padre; pero, de momento, no. Sigue en casa.

–Sí, pues ya ves. Con el caso que le hace su padre y la vida que creo que lleva... Sigue hecho un bohemio del mar, y con poco dinero, como siem-

pre. Dice que no le llega para la pensión de Carina, ni tampoco para la de su otro hijo, el de 5 años.

—Eso le digo yo a Carina, que su padre la querrá mucho, pero que no tiene condiciones para ocuparse de ella, que si quiere vivir con las comodidades y con todos los caprichos que le da su madre, tendrá que ser aquí, en Barcelona.

—Es verdad que Viktor la adora; hasta a mí me pide a veces fotos de su hija... Creo que le recuerda a mí cuando nos enamoramos, pero es que es incapaz de ordenar su vida. Le pasa siempre lo mismo. Si le viene grande atender a una esposa, imagínate si encima le llegan críos, ¡se derrumba! Con dos divorcios y dos hijos, está el padre como para asumir responsabilidades... Si poco nos daba cuando me pasaba algo de pensión, luego ya, a partir de su segundo hijo, en los últimos cinco años, nada de nada... Él sigue con su vida *happy* e indolente, eso sí, muy muy en contacto con la naturaleza, con el mar, con la luna y con las estrellas, pero sin construir nada...

—Los que nacen para amar y para adornar la naturaleza es que tienen eso —coincidía Silvia.

—Bueno, yo de adornar también sé mucho, ya sabes, pero por lo menos hago que alguien pague muy bien por disfrutar de los adornos... Oye, Silvia, una cosa: es justo que le recuerdes a Carina que todo sale de mi esfuerzo, pero no se lo res-

triegues demasiado... No quiero que se sienta culpable de eso y que, en vez de aprovechar lo que tiene, se plantee buscarse la vida. Ya sabes que es lo que más me preocupa del mundo. Quiero que mi hija tenga una oportunidad, y que la aproveche.

—Tranquila, Lucía, no le echaré en cara sus gastos... Pero, la verdad, no te entiendo, y mira que lo hemos hablado algunas veces. Ya sé que no eres el mejor ejemplo para la niña, pero con lo que dices, denigras y reniegas de tu vida. Hablas de tener otra oportunidad, pero tú continúas ahí. Nada ni nadie te ata. La actitud de tu hija casi siempre parte de que no tiene cerca a su madre, o eso dice ella.

—A ver, Cuqui —así llamaba Lucía cariñosamente a su cuñada cuando quería distender la charla—, ¿quién entiende a una *escort*? Ni nosotras mismas... Unas veces es por buscar dinero; otras, por vivir dentro de un mundo muy diverso e interesante; y otras, porque nos apetece... Es complicado, no queremos vernos como un fracaso, ni tampoco pedir ayuda. Es lo que hay. Nos salimos de la vida corriente, la normal, y fuera de ella nos encontramos bien. A pesar de todo, es nuestro sitio...

—Sí, esa parte la entiendo; hago ese esfuerzo por ti, tú lo sabes, pero con los años y, en tu caso por

tu hija, en algún momento creo que tendrás que abandonar esa vida.

—¿Crees que no pienso en ello? ¡Y mucho! Hoy mismo, cada dos por tres... Pero, por favor, Silvia, no me presiones. No quiero que a mi hija le falte de nada. Es lo primero. Así que no seas tú también una de esas voces que me pide cambiar. ¡Por favor!

—Vale, perdona. No quería agobiarte, perdóname.

—Venga, Cuqui. Dime, ¿por qué me has llamado? ¿Qué le pasa en concreto a mi nena?

—Pues que, con el pretexto de que no está su madre y aun siendo todavía menor de edad, quiere pasar lo que resta del fin de semana en casa de unos amigos, creo que en Sitges. Pero tampoco lo dice claro, porque ayer me dijo que en Calella; y hoy, que en otro sitio... ¡Vamos, que no me fio! Me parece que oculta algo, y me falta autoridad para retenerla a la fuerza. Ella es menor, pero como si nada... Cada día los chicos se toman antes las libertades... Ya tiene preparada hasta la malecita pequeña que le regalaste. No sé qué hacer, y quería consultarte.

—¡Sí, claro! Eso cada vez que quieras. No sabes la suerte que tengo con vosotros, pero sobre todo contigo, que mi hermano con su trabajo, los amigos y el deporte, ya tiene sus temas... Nunca sabrás lo que me has ayudado, Silvia, de verdad.

—¡Bah! No me cuesta mucho, es fácil. Me encanta ser tu cuñada, tu confidente y tu amiga. No sabes cómo valoro todo lo que me cuentas al ver la vida con otros ojos y, sobre todo, al poder estar con la niña tantas horas desde que era chiquitita. Para mí, es también como una hija. Con vosotras, esas cosas tan lejanas que nunca conocería, o las que te niega la vida, las tengo un poco más cerca.

—¡Ja, ja! Cuqui, no lo dirás por aquel día que tuviste que sustituir a mi compañera Noemi y me acompañaste a trabajar de florero, ¿no? ¡No pienso hacértelo más! Ja, ja, ja. No sé cómo pudimos. Si se entera mi hermano...

—No. Ja, ja, ja. Aquello fue muy divertido, una aventura inocente... Lo decía, sobre todo, por haber satisfecho mis ansias de maternidad, por haberme podido ocupar tantas veces, y casi en todas las edades, de Carina. ¡Qué suerte!

—Venga, dime, ¿tú qué crees entonces que solo quiere viajar y estar con amigas y amigos? ¿Sigue con ese chico del *piercing* en la lengua, con Ferrán?

—Sí, no es que sea su sombra, pero aparte de Jessica, es el que más se deja caer, el que más viene por casa. Algunas veces los veo paseando por el barrio. Y ya te dije que su grupo se reúne en el Skatepark Forum; aunque ella nunca se lleva su monopatín, ni coderas, ni nada. Creo que solo mira y anima a sus amigos.

—Seguimos sin saber quiénes son los padres, ni a qué se dedican, ¿no?

—¡Nada, ella no suelta prenda! Cuando le pregunto, dice que “dejemos tranquilos a sus amigos”, que no quiere que hurguemos en sus relaciones... Aprendió de cuando nos contaba cosillas y luego llamábamos a las madres de sus compañeros para ver qué sabían o dónde estaban... Ya no cuenta nada, es tan reservada como muchos de los adolescentes. Sé que el chico es de su instituto; tiene el mismo material escolar que ella. Por eso, supongo yo, que por muy dejadillo que parezca el muchacho, con los precios de la enseñanza privada como están, el chico será un niño bien. Allí no se matricula cualquiera...

—Ya. Pero con todo lo que sé de chicos y hombres —decía Lucía—, no sabes la facilidad que tenemos algunas para escoger al más bicho, al que más dolor de cabeza nos va a dar, y a veces al peor... Bueno, eso es hablar por hablar. Yo creo que negarle la excursión va a ser difícil. Podemos ponerle pegas, pero al final la dejamos, que vea que la entendemos y que le damos vidilla, ¿ok? Lo que sí me gustaría saber es qué se lleva en el equipaje. ¿Tú has podido mirar? Te di una copia de las llaves de sus maletas.

—Pues sí, ya he mirado. No me gusta llegar a eso, pero lo he hecho.

—¿Y...?

–Ha cogido 180 euros, que para dos días me parece mucho, ropa de diario, solo un vestido para arreglarse de fiesta, y un sobre con tabaco para liar. Eso es lo que menos me gusta.

–¿Preservativos?

–No los he visto, creo que no.

–Pues de eso, por favor, le compras. Y antes de irse se los das. Esta juventud está mejor preparada que nosotros en educación sexual, pero eso no quita que también les ayudemos. ¡De eso hay que llevar siempre! Oye, Silvia, pastillas o drogas no has visto, ¿no?

–¡No, nada! Yo creo que, de eso, poco. No sé. Y a tabaco nunca la he olido, ni a marihuana ni a nada raro. A Ferrán creo que sí. Ella una vez me reconoció que de vez en cuando fumaba, pero, últimamente, apenas noto rastro.

–Vale, pues dile que me llame, que le vamos a dar permiso, pero que quiero hablar con ella. ¿Te parece? Tampoco puedo entretenerme mucho, que tengo una cita en un par de horas; y si no espabilo, se me hará tarde, que ya no tardo un cuarto de hora en estar radiante...

–Sí, claro, si ya le he dicho que te llame. A ver si lo hace, porque ella lo que dice es esto: “A mi madre no le interesa mi vida”. Perdona que te lo diga tan textual, pero creo que lo tienes que saber. Igual eso es lo que hay detrás de su rebeldía...

Lucía calló por un instante. A pesar de las prisas de Tara, el tiempo se detuvo ahí. La frase de su rubita linda le había dolido bastante. Era la típica frase que te cambia el color del día y con la que se le iba a hacer cuesta arriba salir al escenario como *escort* impecable, risueña, segura de sí misma e íntegra. Era una frase de adolescente. Quizás los niños, por su inocencia, digan siempre la verdad, pero los adolescentes... ¡eso es otro cantar! ¡Qué capacidad para darle la vuelta a las cosas, para verlas como no son, y para herir! La bella Carina no se imaginaba que su madre, a su manera, la estaba protegiendo de un camino peligroso, cuestionable. ¿Uno malo? ¿Uno malo, siendo el suyo? ¿Uno por el que andaba a diario Lucía de la mano de Tara? ¡Difícil de responder! Lo cierto es que ella, tras separarse, entendió que su hijita, otro presumible bellezón y con carácter de no ser una buena estudiante, podría ser también persona del grupo de riesgo de una Barcelona asfixiante en medio de una sociedad consumista, caprichosa y ambiciosa. Por eso, se marcó como objetivo que a su hija no le faltase de nada. Quiso que tuviese estudios, los más cuidados, escogiendo para ella los mejores centros privados, donde los alumnos reciben, sí o sí, la ayuda que sea necesaria para salir airoso en sus asignaturas. Para ello, aunque no solo por eso, Tara debió seguir existiendo, “ejerciendo”. Lucía no veía su vida como un horror, como una monstruosidad, pero tampoco como algo ejemplar ni por ahora presentable a los ojos de su hija, una cría capaz de enredarlo todo, de entenderlo todo mal y de hacer daño... Lo que sí estaba por encima de cualquier otra cosa era proteger a Carina de la prostitución,

de las drogas, de las amistades peligrosas, de todo lo que, como cualquier otra madre, estuviese en su mano.

—Menos mal que tú que me conoces como pocas y que sabes lo que yo quiero a mi hija...

—¡Pues claro! ¡No le hagas caso! Los adolescentes siempre se hacen las víctimas del mundo, empezando por culpar a sus padres... He dudado de si decírtelo, pero es que si me lo callo...

—¡No, Silvia, tranquila! Has hecho muy bien, como siempre. Mira, hazme un favor. Dile que me llame. Si no lo hace, la voy a llamar yo de todos modos, pero quiero ver si confía en mí o si de verdad está tan rebotada con su madre. Respecto al viaje, le damos permiso y, aunque nos diga pesadas, le advertimos de los peligros que veamos. Ah, y lo de los preservativos, se los das; que vea que la queremos entender y que nos preocupa. ¿Ok?

—Sí, Lucía, como tú quieras. Intentaré que no se entere tu hermano de lo de las gomas, que él ya sabes que no es tan liberal...

—Es tu marido, ¿qué te digo yo...? Pero, por favor, a mi hermano, que siempre anduvo cómodo con la educación y las reglas morales de mis padres, si acaso, lo dejamos en su mundo.

—Vale. Yo te ayudo a ti, que eres quien me necesita. De Arturo no te preocupes, que yo sé cómo llevarlo.

—Ok, gracias entonces, Silvia. ¡Eres un sol! Te de-
jo, y ya estamos pendientes de la niña. Besitos,
cielo.

—Un beso, Lucía. ¡Cuídate!

Lucía entró al hotel Guadalpín casi de noche, sudando aún camino de su habitación. Iba justa de tiempo para transformarse en Tara, pero el asunto doméstico era prioritario para ella. Resultaba difícil saber si la *escort* era el *modus vitae* necesario para proteger a Carina, o solo la mejor utilidad que Lucía había encontrado a su otra vida y con la que se sentía justificada. Igual era su disculpa a una vida siempre juzgada y condenada por gran parte de la sociedad. Lo más probable es que fuese un poco de todo, pero ¿qué más daba ya? Tara tenía que salir a escena. Ahora, eso era lo importante. Una ducha; y luego, la magia. Carina sí telefoneó a su madre. Fue mientras esta se remataba el maquillaje y el peinado de la sublime Tara. Con el móvil en modo manos libres, hablaron unos instantes:

—¡Hola, mamá! Me ha pedido Silvia que te llame.
Dime.

—¡Hola, encanto! —respondía la madre poniendo
en su voz toda la ilusión y felicidad que podía—
Creo que te vas de finde con algunos amigos,
¿no?

—Sí, yo sigo tus pasos. Los fines de semana y cada
vez que encarte estaré fuera.

La frase, aludiendo a imitar a su madre, no era de las más afortunadas para Lucía, que, sin descomponer su ánimo, siguió en tono cariñoso:

–Venga, Cari –Lucía llamaba a su hija con un diminutivo, que por similitud al popular, ella nunca usaba ni para sus clientes ni para nadie; ese era solo para su hija–, no me culpes. Solo quería desear-te un buen finde y pedirte que tengas cuidado. Ah, y sobre todo recordarte que te quiero mucho. Solo eso. Es lo normal que haría cualquier madre, ¿no?

–Supongo –respondía la niña sin ganas de disculpar a su madre.

–Oye, escúchame bien. Sé que tú controlas bien todas tus cosas, pero le he pedido a Silvia que te dé preservativos. No está de más tenerlos a mano... Y lo último ya: que bebas con moderación y que no tomes nada raro. No te pido más que eso, ¿ok?

–Sí, mamá, lo de siempre, ¡qué pesada!

–Venga, que yo confío en ti, chica lista, ¿eh? Te quiero mucho, no lo olvides.

–Vale. Yo también te quiero, aunque estés siempre fuera –aprovechó Carina en el último momento para quejarse de las numerosas ausencias de su madre.

–Los trabajos de comercio internacional y algunas operaciones se hacen fuera del horario normal.

Tienen estas obligaciones. Pero, por lo menos, nos da para vivir con desahogo. Acéptalo, por favor. Hoy estoy en Marbella, y ahora voy a cenar. ¡Intenta tú pasarlo bien, preciosa! Y si no es mucho pedir, mándame algún wasap diciendo que estás bien. Ni fotos ni nada te pido. Confío en ti, pero tranquilízame de vez en cuando, ¿ok? Venga, muchos besos, cielo –terminaba de hablar Lucía viendo que su hija no estaba muy comunicativa.

–Adiós, mamá. Besitos.

Por lo menos la niña llamó a su madre, se quedó advertida de ciertos peligros y se despidió dando “besitos”. Con eso, para Lucía era suficiente para ser optimista. Esa energía, ya más positiva, la aprovechó para hacer brillar a su otra personalidad. La gran Tara volvía a la carga. Ni miedos por su hija ni preocupación por el futuro inmediato. ¿Y qué decir de la mujer despampanante que tenía ante sí?

–A ver, espejito, espejito, ¿tú qué opinas?

–¡De escándalo, Tara! ¡Como siempre! ¡Wooh! Ya sabes que yo no te puedo mentir –A la *escort* le parecía oír la opinión a su paso, delante de todos los espejos del hotel.

Tara le daba las últimas pinceladas y retoques a su imagen. Aprovechaba su larga experiencia en el suntuoso arte de embellecer. Si una mujer disfruta engalanándose y poniéndose todo lo guapa que puede, Tara más; le encantaba. Tantas veces la habían peinado, maquillado, arreglado las uñas, tratado corporalmente la anatomía, y hasta rejuve-

necido el cutis, que ya era una experta en convertir su figura, o la de otra, en la más distinguida de la reunión. Le encantaba ayudar a sus compañeras a brillar: que si un trenzado capilar, que si un alisado o una extensión, que si espumas, mechas o brillos, que te doy un fondo de maquillaje que lo vas a flipar... Disfrutaba realzando la imagen de cualquiera, ya fuera destacando las pestañas, poniéndolas postizas, o esmaltando decorados artísticos en uñas, bien francesas o bien con barniz, y tanto en manos como en pies. Y los retoques del cutis, pues también se le daban bien. Era un mundo creativo para el que cualquier hora valía. Como premio, al terminar, todos podían disfrutar del excelente resultado y de los muchos detalles que las bellas lucían en sus maniqués. La maestría adquirida por Tara, evento tras evento, le permitía acabar siempre obteniendo una obra de arte. Tanto ella como su maestra, Celine, la estilista francesa de la agencia, tenían una notable reputación si se trataba de arreglar a las chicas.

Para esa noche (la gala de fin de verano en las terrazas del Marbella Club) escogió una blusa brillante de seda negra, sin botones y con mangas largas, en cuyos antebrazos aparecían unas ventanitas abiertas con bordados en verde esmeralda, como sus ojos. La tela caía suave por su torso, dejando un escote tan pronunciado como amplio e hipnótico. Se cerraba la blusa, por fin, por debajo del ombligo, pillada con la cintura de una falda zíngara, larga y de un verde similar al de los bordados. La falda destacaba por su abertura lateral, elegante y hasta los tobillos. El broncea-

do del sol de temporada insinuaba las mejores curvas de la fiesta, y algo de atrevimiento, ya que sus senos se marcaban tras la blusa sin aparente sujeción artificial. No había gravedad todavía que pudiese con Tara. Por supuesto, llevaba calzado de tacón alto, agujas de quince centímetros con tirillas de sujeción de pedrería, a juego con el collar que le adornaba el cuello y el escote. El pelo castaño de la *escort*, aclarado por productos y el luminoso sol estival de aquellas latitudes, llegaba hasta la mitad de la espalda. Suelto, natural, perfectamente despeinado, dejando ver la caída de algunos mechones por sus hombros sobre la camisa de seda negra, y algunos hasta acariciando su escote.

¡Qué fácil le definió Gustavo Adolfo Bécquer a su amada lo que era la poesía cuando ella lo quiso saber!: ¡Poesía, eres tú! Tan fácil, o más, era con Tara entender el significado de *glamour*. No había duda alguna cuando ella se miraba a un espejo o cuando la agasajaban en público con calificativos al efecto. Todos se mostraban incapaces de definir dicho término. Casi nunca encontraban palabras, pero si lo veían, lo reconocían. Con Tara, lo tenían delante.

Sonó su teléfono. Eran las diez en punto:

–Señorita Tara, don Roberto la espera en el coche. Estamos aparcados en la puerta de su hotel. Por favor, no tarde. –Como siempre, el original gallego era muy puntual.

–Bajo enseguida –respondió ella.

Tomó el aerosol de uno de sus perfumes; en este caso, la esencia “Gabrielle” de Chanel, y vaporizó su figura

con aires cálidos de jazmín, chispas de naranjo y otras maravillas florales de lo más selectas. Ya lista del todo, cerró su habitación.

La *escort* se alejó de la *suíte*, una que el empresario gallego, asiduo visitante estival de la localidad, tenía reservada al efecto para Tara desde por la mañana. La dama salió del vestíbulo por su puerta central, la giratoria. Roberto la vio y sonrió complacido. ¡Vaya regalito! Sabía que esa noche podía ser, como decía la canción de Raphael, “su gran noche”. Ella, al acercarse al coche y verle la cara de emoción, mostró su gratitud devolviéndole una sonrisa. Pasó al asiento trasero, el de los señores, separado por un cristal del habitáculo del chófer. Besó a su acompañante. Roberto era un tipo algo mayor que ella, unos diez años más, hecho a sí mismo desde abajo. Era normal: ni feo ni guapo, un poco narigón pero simpático, bien afeitado, engominado y bastante limpio. Nunca le gustó que lo menospreciaran por oler a pescado; se cuidaba mucho de que eso ni se notase. Empezó de operario en la Lonja de A Coruña y acabó siendo el propietario de una de las redes más importantes del país de distribución de pescados y mariscos. Su especialidad era el pulpo fresco, cada vez más escaso y con los precios continuamente al alza. Y su producto estrella eran las variedades *gourmet* de pulpo a la gallega: el *coulant* en pimentón ahumado de Candeleda, el pulpo asado en seco, y el pulpo cocido en vino dulce con salsa de manzana. Por esos valiosos artículos de alimentación y por otras habilidades con sus falanges, ávidas como pocas por encontrar un buen trasero

femenino, Tarita lo tenía en su agenda como “Robert el Pulpo A6S7”. Él lo sabía, lo del Pulpo, pero le daba igual. Le hacía gracia. Estaba orgulloso de su periplo, de su forma sencilla de ser; y de verse, después de tantos años de esfuerzo, aprovechando su posición y con poderío de sobra para aparecer en público acompañado con una belleza anónima a la altura de su cuenta bancaria. Era divorciado pero listo, es decir, que continuaba siendo muy rico. Robert era de esos listos que aclaraban y hacían firmar a su señora esposa una cláusula de que lo ganado empresarialmente no era, ni mucho menos, fruto de compartir el lecho. Aun así, tampoco a su excónyuge le faltó, tras el acuerdo de divorcio, ración alguna de “pulpo”, o de otra exquisitez para su mesa. Quizás eso, como buen empresario, le hizo reflexionar de dónde y cómo estaba su dinero mejor gastado... Sus acciones en bancos y empresas de transporte internacional le permitían darse caprichos como el que se había preparado para esa noche, la de su cumpleaños. Pero todavía era mejor, ya que parte del convite lo iba a pagar uno todavía más rico que él: el jeque Omar Faisal, emir y líder religioso de uno de los siete Emiratos Árabes, el de Sharjah.

–¡Bellísima, de verdad! ¡Estás fetén! –al gallego le gustaba usar esa expresión.

–Muchas gracias, guapo.

–¿Animada?

–¡Mucho! –respondió Tara más tranquila después de la charla con su hija– Y con algo de apetito,

que no he comido nada después de correr por media ciudad.

—Resiste un poco. En unos minutos, probaremos los canapés de recepción del Marbella Club. ¡Verás qué maravilla! ¡Por supuesto, habrá pulpo! Je, je —bromeaba el presuntuoso industrial trajeado con una americana de lino en hueso, camisa blanca y pantalón azul. Iba elegante, actual; él lo era, pero, en esta ocasión, sin la corbata de gran ejecutivo. Esa noche no se trataba de hacer negocios...

Por la ventanilla del coche se veían las fachadas acristaladas e iluminadas de los apartamentos y *suites* del Guadalpín Marbella. En su pórtico, presidían los ascensores de cristal y sus cinco estrellas de confort. Al emprender la ruta, divisaron las amplias avenidas marbellíes, el tráfico abundante, las gasolineras, los supermercados y restaurantes, y todo el Bulevar Príncipe Hohenlohe salpicado de comercios de moda, de marcas de lujo, y de extensas arboledas que, en hilera, llegaban al acceso del Marbella Club. La urbe, en un lugar privilegiado del Mediterráneo, seguía siendo un vergel con suaves veranos y tibios inviernos. Años atrás, grandes personajes con clase y encanto, como Elizabeth Taylor, Khashoggi, Gunilla von Bismarck o el rey Fahd de Arabia Saudí y su séquito de palaciegos, como don Jaime de Mora y Aragón, dieron lustre y caché a la ciudad. Con tanta personalidad, el prestigio y la pompa de Marbella crecieron como la espuma. En la esencia de la ciudad quedó grabado el gusto por deslumbrar con grandes eventos. A veces, hasta por lo familiar, eran solo saraos, pero siempre con una

exclusividad tal que solo estaban al alcance de lo que fue la *jet set*.

Aunque ya no era la Marbella de antes, la de la nobleza europea, la de los jeques forrados de petrodólares, o la de los numerosos Rolls–Royce, la ciudad todavía conservaba sus ganas de reuniones sociales selectas. Eran la cita obligada de muchos sibaritas, de adictos a las fiestas lujosas y de los amantes de las mujeres más bellas con las que participar. Y allí llegó Tara.

–Hemos arribado –dijo el chófer tras aparcar y antes de salir a abrir la puerta de la Srta. Tara.

La pareja pasó al interior del Hotel Club. Enseguida buscaron las terrazas donde se había dispuesto la fiesta. Tara iba elegantemente asida del brazo de don Roberto el Pulpo; en concreto, de su tentáculo derecho, debido a que, en el izquierdo, ya llevaba un contundente Rolex... Saludaron con brevedad a cuatro o cinco conocidos del empresario. Ante sus galanterías y las atentas miradas a su bella acompañante, presentó a la dama por su nombre: “Tara es una buena amiga” –dijo, sin más, sin sentirse obligado a dar explicación alguna. No se entretuvo mucho. Se hubiese detenido más con el anfitrión, el emir, pero aún no había aparecido. Además, Roberto iba a lo que iba, a una velada en un sitio bonito haciendo acto de presencia entre las élites sociales y comerciales, y a pasárselo bien, muy bien, con su compañía. La deportista tenía ya la glucosa por los suelos, por lo que, copas de cava en mano, optaron por **acercarse** a

los canapés para picar algo. Lo primero que buscaron fue un exquisito aperitivo de pulpo.

Las terrazas del Marbella Club se habían decorado al efecto con numerosas jaimas de colores vistosos. Estaban vestidas con un sinfín de paños de seda suspendidos desde su cúspide que caían hasta el piso, sobre las alfombras. Los tenderetes formaban pasillos multicolores con azules, rosas, morados, amarillos, alineados, cruzados o entrelazados... Todo un deleite para la vista, que se distraía reparando en muchos de los detalles: cojines apilados con dibujos geométricos y burletes dorados en las esquinas, lámparas árabes de cristal o armadas con seda. Muchas formas y colores diferentes que permitían admirar la policromía y la imaginación creativa del país de origen del anfitrión. Había frutas y dulces envueltos en papeles brillantes, dorados, verdes, rosas; apilados en pirámides isósceles muy altas y adornadas con flores de tela o de papel. Había numerosos espejos con marcos de labrados concienzudos y meticulosos. Figuras exóticas, elefantes, panteras, todas decoradas con telas nobles y bordados brillantes que recorrían sus contornos salvajes, a la par que, con flores y piedras de cristal, dibujaban sus pasos. Todo el paseo era cromático y precioso, flanqueado por hermosos mosaicos, estrellas y lámparas, así como por lunas marroquíes luminosas. Era un sueño de tonalidades con algún aroma tímido de incienso floral. Una recreación de *Las mil y una noches* árabes que el jeque quiso regalar a sus invitados y, por supuesto, marcar diferencias

dejando claro que aquel exceso solo estaba al alcance de algunas fortunas casi incalculables.

—¡Qué bonito, parece de ensueño! —exclamó Tara al ver tanto decorado saturado de detalles y de color.

—Estos jeques árabes de Emiratos van muy sobrados —opinó Roberto.

En ese momento, ella sintió algo extraño en el estómago. No sabía qué. Aparte del hambre, era como una sensación de intranquilidad, de nervios...

—A mí, con que estos moros me compren todo lo que fabrico para ellos y su séquito y con que me tengan en su lista de vips, me vale. Como si me tengo que enfundar una de sus túnicas a rayas... ¡Espero que no! —bromeaba Roberto— Son tipos diferentes y raros. Me han dicho que el tal Omar este es uno de los más radicales en sus costumbres. Aparte de este cava, ya verás qué justito anda el alcohol que se va a mover por aquí... Y eso que cuando vienen a Europa se relajan y se saltan sus tradiciones como si nada... Creo que allí, en Sharjah, cerca de Dubái, es obligatorio vestir con mucho recato; tanto ellas como ellos... Está prohibido que los hombres y las mujeres solteras se mezclen en reuniones, a no ser que tengan ya una relación formal y aceptada. ¡Nada de tocamientos! ¿Te puedes imaginar? ¡Pues bueno iba yo a aguantar así! —decía el Pulpo desplegando ya sus

habilidades y aprovechando la libertad de acción que le brindaban las latitudes españolas. A medida que se explicaba, deslizó una de sus manos por el lateral semiabierto de la falda de Tara para acariciarle el muslo.

Ella lo entendió por fin. No era que Roberto había dejado ver sus intenciones para la velada, esas estaban más que claras: las de siempre... Lo que le ocurría es que el jeque y emir de Sharjah era vecino cercano del emir de Dubái, el tío de su querido Hassan, su primer amor de pago... Pensó que podía estar allí... El dubaití adoraba Marbella, y eso la inquietó. Hacía años que no sabía de él. Después de ocho o diez encuentros en sus comienzos como *escort* antes de casarse, aquel galán moreno de ojos verdes dejó de llamarla. Ella quedó rota por la pérdida, por la distancia abierta con una persona que para ella fue muy especial. Pero, en su momento, lo entendió: ¿cómo plantearse algo serio con la “chica de todos”? Como decía Leti: “¡Esto no es *Pretty Woman!*”. A diferencia de la romántica película, donde la joven prostituta enamora a Richard Gere y son capaces de iniciar una relación idílica; en la realidad, nunca hay tiempo ni condiciones para un flechazo tan fuerte. Es imposible, es increíble... En la vida de verdad, cuando el joven “príncipe”, el amante, se plantea si una *escort* puede ser su princesa, está ya está en manos de otro o, para más detalle, en la cama de otro, gimiendo de placer, o peor aún: superando sus aversiones y sus ascos por un puñado de dólares. La realidad no es de película, no. “La realidad no es *Pretty Woman!*”.

Tara siempre pensó que Hassan, cuando se marchó sin dar ningún tipo de explicaciones, tampoco tenía por qué, lo hacía porque se estaba enamorando. Sus encuentros, su cara de pimpollo seducido, sus miradas con las pupilas ampliamente dilatadas, sus caricias y sus besos, los de pasión y los de..., los otros, eran especiales. Ella no podía saber los sentimientos del árabe, pues él siempre los mantuvo velados tras su relación de pago, pero aquellos encuentros eran “algo más”. Ella estaba convencida. Por eso, un día, se atrevió a confesarle que se sentía muy atraída por él. No dijo “enamorada”; aunque, realmente, sin podérselo permitir, lo estaba. Después ya solo le quedó el recuerdo de un amanecer en un hotel con él mirando al horizonte, callado, pensativo... puede que preocupado. Tras despedirse con un beso de esos, de los otros, de los bonitos y sentidos, se fue para siempre. Con los meses, llegaron los celulares: uno en el bolso de cada chica; y Tara consiguió, a través de Celine, hacerse con el teléfono español del dubaití, pero nunca se atrevió a llamar. Luego, Lucía se casó. Vino la niña, el divorcio..., todo cambió mucho. La realidad nubló cualquier atisbo de sueño, en especial de uno romántico, y puso el corazón de la joven *escort* en su sitio: enterrado y lejos de cualquier esperanza.

Con los ojos bien abiertos, observando las caras de todos los invitados, Roberto y Tara fueron degustando el maravilloso *buffet* del Marbella Club. Había de todo, y con una calidad lejos de lo habitual. Ensaladas casi de orfebrería, con hojas diversas y recortes primorosos, bogavantes, parri-

lla de mariscos, cigalas, gambones frescos. ¿Y cómo no? Los platos típicos de Oriente Próximo: pástelas, tabulés deliciosas con dátiles y frutos secos, y también carnes, eso sí, de terneras sabrosas y exquisitas, sacrificadas por el rito musulmán.

Habían llegado a una de las jaimas con postres y cócteles. Mientras decidían cuál escoger, Tara oyó una risa familiar. Miró tras de sí, y allí estaba. ¡Era él, Hassan! Habían pasado dieciocho años, casi la edad de su hija, pero no había duda, era él. Su aspecto era más maduro, elegante, como siempre, y de porte refinado. Todavía mantenía su barba varonil e hipercuidada de tres días. “Dios, ¡qué guapo!”, pensó Tara instantáneamente a medida que se le helaba la piel. Él reía entretenido con la conversación de su grupo, pero la estaba mirando fijamente a solo unos metros. La había visto; de manera inesperada, pero ocurrió. Sabía que podía pasar, que era cuestión de tiempo, del azar; y aunque el azar tardó en cruzar sus vidas, esa noche así lo había querido. Tara hasta se sonrojó. Por un instante, ni veía los adornos del evento, ni los aperitivos, ni al pobre Roberto, que reparó en la sacudida y la mirada de su amiga.

—¿Estás bien? ¿Lo conoces? —preguntó el gallego.

—No, es que me ha recordado a alguien —disimuló ella sonriendo a su pareja y dándole la espalda al grupo de Hassan.

—Pues, entonces, será otro árabe admirador de nuestra “belleza nacional”, porque, la verdad, no te quita ojo —afirmó el empresario al tiempo que,

con su copa e inclinando la cabeza, saludó amistosamente a aquel sujeto de buena apariencia, pero tan “observador”.

Roberto le echó el brazo por el hombro a Tara. Siguieron caminando entre las jaimas, degustando sorbos de sus cócteles y, en especial, viendo si los preparados de pulpo habían tenido buena acogida.

Hassan dudó por un instante si aquel hombre sería el esposo de Tara, pero descartó esa idea enseguida; se apenó. “Si yo no pude cerrar los ojos, supongo que este tampoco”, pensó el dubaití. A partir de ese momento, el ya hombre de mediana edad, ataviado al uso de su emirato, con la saya blanca abotonada sin cuello y una *batta* azul con detalles geométricos en la cabeza, se dedicó a disfrutar con sus amistades. Pero, sobre todo, a controlar por dónde se movía la pareja y qué gestos se profesaban. Era la primera vez que Tara veía a su amigo vistiendo ropa árabe; años atrás, siempre iba con las *blazers* europeas. Pensó que se habría vuelto más entusiasta de sus costumbres islámicas... Cruzaron las miradas un par de veces más, siempre de lejos, pero con muy tímidas sonrisas. Hasta él se atrevió a pasar al lado de ella para coger una bebida. Roberto lo advirtió. Pensó que le querían “levantar la chica”; así que la volvió a agarrar, esta vez de la cintura, y se alejaron a una zona más “descongestionada”. Hassan había pasado cerca, había rozado su falda con la mano, y olió su perfume. ¡Delicioso! Se sentía atraído por esa mujer elegante, de escote vertiginoso, y que una madrugada muy lejana, al alejarse de ella, dejó una

herida profunda en su corazón. Aquella mujer, su huella, fue la más confusa de su vida, la que lo acusó muchas veces de miserable, de cobarde, de lo peor. Pero las horas, los días y los meses, que todo lo emborronan, continuaron; y aquello quedó atrás.

Roberto, a base de cócteles espirituosos y de miradas al escote y a la abertura de la falda de su acompañante, se fue calentando y dejando que el morbo lo guiara. Tara, que ya conocía el atrevimiento de su pareja, consciente de que había ojos bien abiertos y pendientes de sus pasos, se lo fue llevando a las terrazas camino del embarcadero, a un lugar más discreto, para que el Pulpo no acabase siendo por su atrevimiento la comidilla de la fiesta. Hassan los vio retirarse poco a poco, pero sus compromisos sociales le impidieron ir tras ellos... Atravesando los corredores y pasillos con sabor árabe-andaluz, entre fuentes de piedra, bajo techos apergolados, o rodeados de jardines con olivos, yucas, palmeras frutales y plantas ornamentales, se acercaron a la playa. A la espalda de una de las villas, el Pulpo se relamía del pronóstico. Unos pasos más y, allí, apartados junto a un árbol, llegó el momento idóneo para “degustar” a la *escort*. Empezaba su “gran noche”, su fiesta de cumpleaños. Ella se dejó hacer.

El lugar era discreto, pero también expuesto al paso fortuito de algún invitado despistado o de algún cliente alojado en una de las villas. Era del gusto morboso del gallego, que pensaba que vivir era también atreverse, exponerse... No por ello iba a perder su categoría de gran empresario,

¿eso qué tenía que ver? La música ambiental de la fiesta sonaba suave, de fondo. La iluminación solo era apta para sombras y siluetas. Habían encontrado un buen escondrijo en el Marbella Club. Nuestro octópodo parecía multiplicar sus dos manos buscando qué manjar palpar y cuál probar.

Roberto empezó acariciando el escote de Tara, ensanchando con una mano sus dimensiones y buscando sus excelsos senos. Encontró el primero y lo lamió repetidamente, lo mordisqueó con sutileza. Tara empezó a sentir calor. ¿Por qué no vivir un buen rato, un rato de acariciarse y de darse placer? Dinero aparte, eran dos personas que congeniaban... Solo le preocupaba la presencia cercana de Hassan; no quería que la viese “trabajando”. Había tenido cuidado de buscar un lugar más o menos discreto, por lo que empezó a relajarse y a disfrutar de las caricias del gallego. El empresario seguía inmerso en sus fantasías. Desnudaba los hombros de su chica y los besaba, así como el cuello, los lóbulos auditivos, la nuca y el nacimiento del cabello. Acariciaba la cara de su dama buscando mojar sus dedos en los labios de Tara. Ella se dejaba hacer, cerraba los ojos y solo sentía. Él estrechaba la espalda de la chica contra su pecho, aproximándola desde atrás. Con sus manos, y aprovechando la larga abertura de la falda color esmeralda, el Pulpo exploró la pierna derecha de Tara: todo su muslo hasta la rodilla. Estilizada, trabajada, fibrada, pero muy suave. Acarició su cadera, su manifiesta nalga derecha y, siguiendo el recorrido de las costuras del tanga por fuera, palpó la entrepierna presionando la vulva de la chica. Ella

seguía a gusto, dejándole hacer y calentando su cuerpo por las caricias. Roberto se aceleraba por momentos. No era un hombre delicado de esos que dejan que el violín toque y toque dando paso paulatino al resto de instrumentos. Roberto era de violín, algo de piano y pasar rápido al trombón y los platillos. De los de “¡venga, venga que nos vamos!”. Quería desnudarla, le daba morbo, y eso para él estaba incluido en el regalo de la noche. Así que, abriendo de nuevo su escote, dejó uno de sus hombros y su pecho, el izquierdo, al aire. Era magnífico, de esponjoso a puntiforme, oreado por la brisa mediterránea y con la temperatura perfecta para ser degustado. El caballero apartó el collar de pedrería brillante y el colgante con forma de tronco arbóreo, regalo de..., de otro. Roberto colocó su copa de cóctel, fría, adherida al escote, entre ambos senos. Mojó sus dedos y dejó caer algo del combinado por el pecho izquierdo y desnudo de la *escort*. Ella se estremeció; notaba el líquido frío y las burbujas cosquilleando con delicadeza su piel. Por primera vez, se le cortó la respiración. Él lo saboreo todo. Besó el pezón de la chica y lo succionó con cuidado. “¡Qué sabor! ¡Fetén, fetén, preciosa!” –decía Roberto–. “Solo a la altura de mi *coulant* de pulpo”. Tara sabía que de aquel personaje hecho desde abajo no podía nacer mejor piropo, así que lo dio por bueno y lo disfrutó. Entonces, ella decidió actuar y darle a su pareja lo que él esperaba: morbo. Se puso frente a él, lo miró tranquila, seria, casi a punto de retarle. Con la melena suelta, tapando casi la mitad de su cara y lo poco del torso que tenía cubierto por la blusa negra, lo besó. Un beso intenso, profundo, húmedo, revoltoso, buscando a su par y

enredándose con ella. Eran lenguas lujuriosas y desenfrenadas que ansiaban más. Él la agasajaba; ella se mordía el dedo y, mirando de lado, le sugirió más. ¿Por qué no? ¿Ahí? ¡Allí! Con discreción, todo era posible. La bella *escort* se dio la vuelta, agachó su cabeza y su tronco, y dejó su trasero a la altura de la cintura de Roberto. Ella se equilibraba agarrándose con ambas manos a los tobillos para así no caerse de sus elegantes tacones... No buscaba nada mirando al suelo de cerca; solo lo esperaba a él. No tardó mucho. Con uno de sus tentáculos, abrió definitivamente la falda de Tara y refrescó sus nalgas con la brisa del Mediterráneo. El galán dejó su copa en el césped con cuidado; quería tener libertad de acción. Le quitó el tanga a la chica con cierta suavidad. Estaba excitado, pero quería contemplar y grabar esa imagen en su álbum mental para siempre... Dejó que el tanga terminase de caer casi hasta abajo, hasta donde las muñecas se agarraban a los tobillos de la chica. Ahí estaba perfecto, como cuando una bandera se arría para rendir un fortín. Se agachó y, con las dos manos sujetando las nalgas, lo probó todo, a muerte, a degüello, como si de su gran noche, esa tan esperada y buscada, se tratase. Lo hizo una y otra vez. Ella, con los ojos cerrados, aguantaba el atracón. Le temblaban las piernas, pero su afición al deporte le daba resistencia, y se dejó hacer. La sangre que le llegaba a la cabeza agachada, y también las sensaciones, congestionaban su rostro. Estaba muy bien; a veces dolía reconocerlo, pero era así. Simple, sencillo. ¡Qué gusto! Llevaba un preservativo en el bolso, pero no sería allí. “Eso más tarde”, pensó ella.

–¡Madre mía! ¡Lo tuyo es todo fetén, todo *gourmet*!
¡Ay, si yo pudiera hacer una conserva de esto! –
piropeaba con sus rústicos modos el empresario,
lamentando su incapacidad industrial y quitándole
un poco de candor al momento.

Roberto sabía que ir más lejos allí era complicado, pero quería más. Se levantó y ayudó a Tara a incorporarse. El Pulpo cogió su teléfono y llamó a recepción. “Rápido, necesito una villa disponible ahora mismo”. El recepcionista, consciente de que en sus elevados precios estaba incluido sobre todo complacer, miró. Sí, don Roberto era un buen cliente y conocido de sus reiteradas visitas. Le dio un número: la cinco. ¡Vaya número! El Pulpo conocía la distribución de las villas. No estaba lejos. Decidió ir a la misma sin demora, sin dejar escapar la magia repentina del instante. Tenía pensado irse al Guadalpín con Tara, pero ese momento había que culminarlo; tenía que ser especial, costase lo que costase.

Subieron camino de la villa asignada. A lo lejos, desde una jaima, Tara volvió a ver a Hassan, que ahora sí observaba sus movimientos. Roberto lo vio también.

–¡Ya está ahí ese moro cotilla! ¿Seguro que no lo conoces?

–¡Juraría que no! –mintió ella evitando tener que dar explicaciones.

–Pues nosotros a lo nuestro, preciosa –
continuaba él intentando no perder el candor.

Llegaron a la villa. Pulsó el código de acceso que le dio el recepcionista y entraron al dormitorio. Ella pasó un momento al aseo. Él lo hizo también; después, tras apagar las luces y dejar abiertas las cortinas y las puertas de la terraza, ofrecía un regalo a los mirones, y morbo para él... Salió del baño sin la americana de lino color hueso. Ella ya esperaba casi desnuda, solo con el tanga y los tacones de aguja negros. Le quitó la camisa. Tara solo miraba los botones y a los ojos de su amante. Sonrió ella, sonrió él, por lo que imaginaban. Continuó quitándole los pantalones, el bóxer. Él se dejaba hacer y se dejó conducir hasta el interior de la ducha. Mármol, cristal y un aspersor de lluvia tropical en el techo. Ella lo abrió, el agua estaba tibia, y se mojó entero. El Pulpo también tenía su imaginación. Cogió el otro accesorio de la ducha, el telefonillo, que era un sugerente cilindro niquelado, capaz, por supuesto, de consolar a la más afligida... Se lo mostró. Ella entendió el reclamo, se quitó de nuevo el tanga, ya por última vez, y pasó a la ducha. Se mojaron, se abrazaron y se besaron. Llenaron sus bocas con el agua que rebosaba y escurría sobre su piel. Él deslizó el telefonillo por el sexo de Tara, pero sin invadirlo. “Aquí el que no paga no entra”. Se besaron con ansiedad, se devoraron unos instantes; querían más. Entonces, la *escort* fijó sus manos en las caderas de él, y restregó sus pechos de arriba abajo una y otra vez. Sus pezones se excitaban. Subía y bajaba... y subía... Al bajar, colocaba el miembro erguido de él entre sus pechos. Lo miraba y lo lamía al subir. Lo miraba de nuevo al bajar, una vez más, y dejaba su aliento en el miembro. Él se sujetó con los brazos abiertos entre las paredes

acristaladas de la ducha. Hubo de fijar su cuerpo, porque las piernas le temblaban. Ambos relajaron sus bocas, las abrieron y jugaron con ellas. Tara decidió dar un paso más. Se agachó en cuclillas, cogió con su mano diestra el miembro de Robert y lo degustó, poco a poco, por fuera, a lo largo, en la punta, y para adentro. Él miraba al piso. La vista no tenía precio. Sí lo tenía, pero daba igual, era lo de menos: dinero bien gastado. Ella se esmeraba en agradar, sabía lo que hacía. “¡Guau!”, se estremeció él. Dos minutos después, el Pulpo la retiró. O se apartaba en ese instante o se acababa todo; y su final de película no era ese. Salieron de la ducha, se secaron rápido, y caminaron hasta la cama casi a oscuras, solo acompañados por la penumbra, la luz del baño entornado, y con las ventanas abiertas de par en par. Ella, de pie junto a la cama, se mostraba ansiosa, caliente, necesitada. Lo besó. Con la mano en la nuca de Roberto, lo acercó a su boca, le mordió la lengua, le acarició el pelo, la cara..., lo separó un poco, y dejó que viera cómo ella se tocaba su sexo. Se estaba acariciando. Abrió los labios, pues estaba invitando al gallego a que comiera de su cuerpo. Se lo dejó muy claro: Tara se reclinó en el lecho separando las piernas. Él no tardó en arrodillarse junto a la cama y bajar a recrearse con tan selecto *buffet*. Y cumplió; la comió con ansia y con ímpetu... Los preciosos ojos verdes de la chica tornaron a blanco, se mordía los labios... Tara acariciaba el pelo de su predador. Todo se iba acelerando, había ya más velocidad, menos sensualidad. Era más rítmico, más mecánico, pero también muy efectivo. Tara se tapó la boca con la mano para no gritar. Él, con una mano tentacular, le sujetaba la vul-

va. Con la otra, le metía y sacaba dos dedos mientras con la lengua degustaba su clítoris... Ella cerró los ojos, sacó la lengua para mojarse el labio superior, y se recreó con sus sensaciones otra vez. Mejor que en el jardín; algo más desinhibidos... Hasta fijó la cabeza y la boca de su compañero, agarrándolo fuerte por el cabello, en el centro de su cuerpo, de su sexo... Él lamió a derechas, a izquierdas, arriba y abajo, alternando todas las direcciones de la rosa de los vientos. Y dijo que sí y que no repetidamente, pero sin quitar la boca del centro de ese “universo”. Daba placer obsesivamente... Era rápido, era sexo, no era amor, era un “vas a flipar” y un “te vas a enterar...”.

Respiraron y retomaron aliento. Él quería otra imagen, otra sombra erótica para el recuerdo. La puso de rodillas, a cuatro patas, clavando las veinte uñas sobre la colcha y frente a él. Prefirió sus labios a sus nalgas. Ella, desnuda, sin usar las manos, se balanceó adelante y atrás, con la boca cilíndrica, dando babas y placer a un miembro expedito y encorajinado. Lo comió hasta el fondo, casi se atragantó. Insalivó y siguió. Miró hacia arriba. El octópodo quería más; ella lo conocía, lo entendía, lo comprendía y lo aceptaba. Era voluntario, lo pactado, sin forzar, solo devolviendo el placer recibido y el esperado... Él la sujetó del pelo para marcar más los momentos de placer, y para controlar su punto de no retorno. Ella se retrajo con la boca abierta, respiró y dejó ver su sonrisa, su expresión de complicidad para buscar el placer del Pulpo. El miembro de él estaba muy lubricado. Tara retiró una de sus manos apoyada en la

colcha y lo pajeó hasta oír sus primeros gemidos. Lo manejaba a su antojo. Lo tumbó en la cama, le enfundó la goma con la boca y se dispuso a cabalgar. Ahora, él estaba tumbado, con el miembro erecto y húmedo. Ella le daba la espalda, de rodillas sobre sus piernas, con la vulva todavía lubricada del festín anterior. Se unieron, fornicaron, se amancebaron o, sencillamente, “follaron” como leones. El gallego la penetraba y la sacaba a medida que la chica rebotaba con sus rodillas en el colchón. Él la ayudaba a alzarse rítmicamente, y también a caer sujetando sus costados. Le acariciaba la espalda con una mano, mientras con la otra buscaba su agraciado culito periforme, que botaba y rebotaba dejando en la penumbra la silueta de una vulva ensartada y congestionada de placer. Ella se agarró con las manos al cabecero de la cama, y miró para atrás. Quería ver el éxtasis de su pareja, lo que pasaba detrás y que tanto parecía agradar... Apenas se veía, pero lo oía. El grito de delirio de Roberto llegó: “¡Aaaghhh!”. Después ya, todo despacio y con delicadeza, aquellas “máquinas de fornicar” desaceleraban y se iban humanizando. Buscaron recuperar la respiración y una temperatura de crucero más llevadera, la que les hiciera relajarse y descansar; o quizás intentar un nuevo episodio de eso parecido al “amor”. En esta ocasión, Tara no culminó su placer; no hubo orgasmo. Le sobrevino una duda. ¿No serían las “interferencias”? No quiso comerse el tarró. Eso no servía de mucho. La vida es más sencilla que todo eso: “Disfruta hoy, que mañana ya veremos”; *carpe diem*. ¿Quién sabe? Además, ella continuó su camino; nadie le ofreció otro mejor... Por ahora, lo mejor era dormir

abrazada a Roberto, recrear sus fantasías y hacer que su cumpleaños fuese de verdad especial. Sus clientes “preferentes”, los que más le daban a ella, se lo merecían; y más después de su agradecimiento final:

–¡Fetén, fetén, Mariña, vaya almejita!

–Je, je. Gracias.

No lejos de allí, un príncipe árabe vio cómo una pareja entraba en una villa olvidando cerrar los ventanales del dormitorio. No quiso mirar. Supuso, y se marchó. Tampoco él esa noche culminó su placer; de hecho, ni lo inició... El único gozo que tuvo fue el de ver a una bella mujer. Muy bella, sí, como siempre..., todo como siempre...

Hoy ya es domingo. Desayunan temprano. Todo exquisito, esta vez sin pulpo que combine con los zumos, frutas y mermeladas... Roberto tiene que volar a Galicia a un almuerzo de negocios. Los hombres así no tienen horarios fijos. Antes de partir camino al aeropuerto de Málaga, el empresario le da la gratificación a la *escort*: 1200 euros, a precio de amigo especial. El empresario le pide a su chófer que deje a la Srta. Tara en su hotel, el Guadalpín. Se despiden cariñosamente.

–Hasta la próxima, preciosa. Ojalá lo antes posible. Ha sido maravilloso –dice él.

Ella le sonríe, le besa en los labios y le dice que le espera. El chófer deja a Tara en el hotel. Sube a su *suite*, la que le reservó D. Roberto, pero que nunca llegó a usar con él. Pretende ponerse cómoda y descansar. Hoy no hay más citas. Será un bonito día marbellí para pasear, descansar en la

playa y, por la tarde, a las seis, partir hacia el aeropuerto de vuelta a casa, a la Ciudad Condal.

Busca sus móviles, el “profesional” y el personal. Los dejó allí porque a Roberto, como a otros muchos clientes, no le gusta que su acompañante esté pendiente de otros asuntos ni de compartir el tiempo, ni un solo instante, con otros...

Los mira. Primero coge el personal y ve solo un mensaje de wasap de su hija Carina:

“Ya estamos en Calella. Mañana hay fiesta de espuma. Hoy nos vamos en coche a otra disco con unos chicos dominicanos. Buenas noches, mamá. Besitos”.

A Lucía, en ese instante, se le hiela la sangre. Las imágenes y los recuerdos se le amontonan en la cabeza dejando casi paralizado su cuerpo, casi sin poder reaccionar. Intenta llamar a Carina, le tiemblan las manos. Es urgente. “¡Por favor, Carina, contesta!”, pero no hay respuesta. La niña no tiene cobertura, eso dice el operador: “Apagado o fuera de cobertura”, y Lucía tiembla. Las imágenes de aquel lejano día vuelven a insistir...

Los dominicanos

Tara y su pequeña llevaban dos años conviviendo con Leti en un apartamento de Castelldefels. No era para trabajar, sino para vivir su vida normal, la de diario. Lucía, Tarita, cuando ya de segundas decidió volver a Diamantes,

necesitaba un sitio cercano a Barcelona. Allí residía su familia, necesitaba el contacto con ellos, pero también estar un poco alejada de la capital para que su vida profesional coincidiera lo menos posible con la otra. No podía cruzarlas ni en el lugar ni en el tiempo. Por su parte, Leti, seis años mayor, deseaba ayudar a su amiga en la crianza de la pequeña, de la “muñeca”, como decía la de Venezuela a la peque al verla tan rubita y adorable. La morenaza de ojos negros había padecido años atrás una infección vaginal que le afectó al útero y a las trompas de Falopio, muy posiblemente por su promiscuidad. Esto le había reportado, como le indicaron los especialistas, un diagnóstico de infertilidad. Ella, que venía de una familia humilde y muy numerosa, de nueve hermanos, no llevaba bien la idea de no tener descendencia, de no ser madre. Era una de sus grandes ilusiones: una familia con dos o tres críos. Por eso, ante el panorama de Tarita, el de una madre separada, pensó que era una oportunidad estupenda para ayudar a su amiga con la niña. Fue Leti quien le planteó a Tara la posibilidad de vivir juntas; le insistió mucho, y le aseguró que ella estaría encantada. Era una forma de colmar sus ansias de maternidad. Dada la vida “ajetreada” que seguía llevando y la ausencia de candidatos “adecuados” para padres, probablemente nunca lo conseguiría. O eso, o nada. Y vivir sin disfrutar de los encantos infantiles, sobre todo de esa “muñequita” tan adorable, le parecía un horror. La verdad es que Carina, con poco más de dos años, estaba para comérsela. Era un querubín inocente despertando a todo lo que le rodeaba, con ganas de jugar, de coger, de mirar y de aprender. Era el me-

jor regalo para una madre, y hasta para dos. Siempre se habían llevado muy bien las dos *escorts*. Entre ambas fluía el cariño, y tenían la confianza que daba el no tener nada que ocultar. Convencida ya Lucía, decidieron buscar un bonito apartamento de tres dormitorios y convivir juntas. Leti insistió en pagarlo a medias, ya que si ella iba a disfrutar de la “muñeca”, también quería contribuir en sus gastos: “Como el tieso de tu papi no paga, que ponga algo la tita Leti” —le decía a la peque.

Leticia se lo podía permitir, y quiso que fuera así. La nueva “familia”, una hija con dos madres, tenía un lugar agradable, próximo al mar y con un paseo marítimo largo, con zonas de recreo y parquecitos de sobra donde salir sin perder el anonimato y donde jugar con la niña. Además, estaba muy bien comunicado, ya que, en no pocas ocasiones, Diamantes les encargaba trabajos para clientes internacionales que reclamaban a esta o a aquella chica, y para los que tenían que coger más de un vuelo. Incluso en esas ocasiones era una suerte que Carina contase con dos mamás... En el caso de que ambas amigas fueran citadas el mismo día o la misma noche y, si no podía o no valía la pena contar con Silvia, la cuñada y confidente de Tara, recurrían a una chica *au pair* (canguro) con buenas referencias para que cuidase de la muñequita. Casi siempre escogían a Mati, una chica bastante tiposa de la agencia que solía trabajar como armonioso florero, pero que, al no ser muy agraciada de cara, solo en ocasiones puntuales era requerida para citas de alto *standing*.

En esa época, Leticia y Tara, tras superar la catalana algunas reticencias, seguían vinculadas a la agencia Diamantes; como siempre, al 50 % para la chica, y lo mismo para la casa. Habían hecho algunos trabajos para otras agencias. Eran citas con clientes de alto poder adquisitivo, y siempre contaban con el beneplácito e incluso la mediación de su agencia de referencia. Se les pasaba por la cabeza trabajar por su cuenta y que el 100 % de los ingresos fuesen a su bolsillo; al fin y al cabo, el objeto del contrato eran ellas... Otras chicas lo habían hecho ya. Habían alquilado un piso para “trabajar”, y allí mismo se citaban para dar masajes o para lo que acordasen. Era la moda: los pisos de encuentro. Leti, un poco más mayor y pensando que algún día les tocaría a ellas dar ese paso, bromeaba a menudo con el asunto:

–Tarita, nena –la llamaba así por la corta edad de la niña y cuando no estaba delante–, tú y yo nos vamos a montar un picadero. Y todos los potritos que vengan harán, por donde pisan, que crezcan miles y miles de trebolitos de la suerte, jja, ja, ja! En dos o tres añitos, tú y yo, jubiladas y a disfrutar, jja, ja, ja!

–¡Qué fantasiosa eres! –reía también Tarita, que empezaba a razonar–. Te olvidas de los gastos, las molestias y la dedicación... Además, ten cuidado de que no te oigan decir eso en la agencia, que no les hará ninguna gracia. Sé discreta, que, de momento, es lo que más nos interesa a las dos.

–¡Sí, ya! Mi niña, tú tranquila. Es solo por imaginar, aunque muchas compañeras lo están haciendo.

–Sí, lo sé. Y ya sabes tú las consecuencias: te persiguen, te desacreditan, te llenan de mierda y de mentiras, que si estás enferma, que si eres inestable, drogata...; y al final, de ser una *escort* de lujo, te hunden y te tienes que dedicar, sí o sí, a los clientes normales, a los de la calle, a lo que salga... Yo, mientras pueda, prefiero que me vengán filtrados y con garantías. Además, en ese caso, yo tendría que irme más lejos de Barcelona, y no quiero. Me gusta mi ciudad y estar cerca de mi familia.

–Te entiendo, pero es que con eso de tener en la agenda el teléfono de tanto ricachón da coraje que de 1000 euros, 500 se los lleve la casa solo por decirnos: “Tienes que ir aquí o allí a tal hora...”. Con casi todos los millonetis que conocemos tú y yo, mantenemos una buena relación... –Leti tanteaba a su amiga.

–Sí, Leti, pero eso ya nos lo explicaron al llegar a la agencia; en mi caso, fue Celine: “No es fácil ni barato conocer a millonarios”. Requiere un nivel de vida que no tenemos. ¿Dónde busco yo, madre divorciada, un millonario? Conocemos a algunos, pero ya está. Piensa que ellos también tienen su contacto para buscar *escorts* de lujo a través de agencias de su absoluta confianza...

—Bueno, tienes razón... Quizás no ha llegado todavía el momento de abrir nuevos caminos, “chochi”. —A Leti le gustaba ser un poco soez de vez en cuando—. Somos los diamantes más *top*, ¿qué más queremos?

—Sí, de momento déjalo estar y calla la boca, ¿ok?

—¡Claro, nena! Si abro la boca será solo porque alguien me lo paga... —guiñaba el ojo derecho la pícara venezolana y comenzaba a desfilarse con sus tacones, para sacarle una sonrisa a su amiga.

Ese día, a la hora de comer, llamaron a las dos compañeras. Tenían un trabajo. No les dijeron si iban las dos al mismo lugar, pero tenían que estar listas y en la agencia a las ocho. Por comodidad para todos, en vez de dejarle la niña a Silvia, llamaron a Mati, que aceptó ocuparse de la peque. Posiblemente estarían toda la noche fuera. La *au pair* estaba disponible, así que a las seis llegó a casa y se hizo cargo de la muñeca. Leti bromeaba mientras las dos mamás se acicalaban para irse a trabajar.

—¡Ay, mi muñequita, que yo me quiero quedar contigo! ¿Ponemos guapa a Mati y que se la empotren a ella? —reían las tres adultas viendo las bromas de gremio, subidas de tono, de la venezolana, y la cara de incompreensión de la rubita.

Las dos *escort*, maquilladas, peinadas y embellecidas como pocas, pero dejando, por discreción, su vestuario para ponérselo en la agencia, salieron en su coche, camino hacia la misma. Al llegar, les informaron de que, efectivamente,

pasaría la noche fuera y que ambas tenían que desplazarse; las recogería un chófer. Leti se fue hacia Andorra, y Tara se vería con un banquero ya habitual: D. Mario para la agencia, o “Mario el Gustirrinín A6S5” según la agenda de la *escort*... Lo bautizó así porque cada vez que el banquero enloquecía de placer, exclamaba: “¡Jo! ¡Qué gustirrinín!”.

La noche fue como siempre, un rato normalito, ni fu ni fa, con un anfitrión educado, cena exquisita incluida, y luego el “teatrillo” de siempre: acaloramiento del cliente, exhibición corporal, seducción de la *escort*, el caprichito de don Mario, y poco más. Un trabajo sin complicaciones, bien pagado, pero algo insípido.

Por la mañana, ya sola en la habitación del hotel, reservado hasta las doce y, cuando se disponía a desayunar, cogió del bolso su móvil personal. Pero se equivocó y tomó el de trabajo. Lo miró y vio un mensaje de Leti; era de ayer. “A ver qué quiere mi compi”, pensó.

“Lo de Andorra se cambió. Al final, nos vamos en coche a bailar a una disco con unos chicos dominicanos. Buenas noches, preciosa. Besos. Ciao”.

“Todo bien. A ver ahora en casa”. Quería saber cómo había pasado la noche Carina y avisar a Mati de que enseguida iba de camino. Al encenderlo, vio trece llamadas perdidas de Mati. Nunca olvidaría ese número: el trece, del que sin ser supersticiosa, huiría ya toda su vida. Se preocupó de inmediato, se le heló la sangre pensando en algún contra-tiempo de su hija. Llamó lo más rápido que pudo a la *au pair*

y, tras sonar dos tonos, la joven canguro contestó, voz en grito, entre llantos y sin dejarla ni hablar.

—¡Tara, Tara! ¡Qué desgracia, qué horror! ¡Está muerta! ¡¡¡Está muerta!!!

Tara se paralizó. No podía dar crédito a lo que había oído. No sabía qué, pero no quería creerlo. Empujando algo de sangre por el cuerpo para hacer sonar la laringe, reaccionó, y contestó encorajinada:

—Mati, ¿qué dices?! ¡¡Cállate!! ¿Qué dices? ¿Qué ha pasado? ¡¡Dime!!

—¡Está muerta, Tarita! —continuaba descompuesta entre sollozos la chica— ¡Es verdad! ¡Lo está! ¡Es LETI! ¡ESTÁ MUERTA!

FIN del CAPÍTULO 1

Agradecimiento

Gracias por haber llegado hasta aquí.

Si quieres saber más de cómo fue la vida de Tara, si te interesan sus aventuras y desventuras sexuales, y las sentimentales, o si, sencillamente, crees que la vida de una escort puede aportar algo a tu vida sexual, continua. Hay mucho más, digno de ser contado.